

ID: 1150045 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga. Sur/ Oeste (Sevilla)
8/5/1978.

SUR/OESTE

Diario Regional de Andalucía

Año IV. N.º 885
Precio: 20 Ptas.

Director: **Timoteo Esteban Vega**

Sevilla
Martes, 8 de mayo

EL TEATRO

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga»

De José María Rodríguez Méndez por el Centro Dramático Nacional. DIRECCIÓN: José Luis Gómez. Escenografía, vestuario e iluminación: Carlos Citrynowski en realización de Mariano López. Asesor musical: Pepe Nieto. Teatro: Lope de Vega

★ ★ ★

Un momento dramático, pero muy significativo en la historia de España que habría de condicionar, en gran parte, al país por muchos años, aparece reflejado en esta obra. Pero visto no desde el lado ilustrado y documentado de los libros, sino desde un prisma popular y barriobajero. José María Rodríguez Méndez, su autor, insiste en destacar al pueblo como protagonista de la historia. Y en esta obra es el pueblo bajo, chabacano, turbio, el que se erige en protagonista de unos hechos que fueron copilla y de los que Rodríguez Méndez sacó pretexto para el estudio socio-dramático que hace de esta 1898 español tan trascendente. Caen las colonias, el país pierde definitivamente su poderío de antaño, pero nace una generación literaria — «cu canta lo que se pierde» diría uno de los mejores poetas del 98 — que habría de marcar época. Y ese desplome nacional, se refleja en el pueblo llano, llenisimo, integrado aquí por una buena muestra de las muestras del «lumpen» madrileño de entonces: chufos, matones, ladrones, maretricos, simples sinvergonzos. Pero ellos, el vicio y la delincuencia, son también parte del pueblo que sufre y siente los males nacionales. Rodríguez Méndez contrapuntea el momento dramático con situaciones, con parlamentos en los que campea el humor. El lenguaje realista lo alienta con toques poéticos. Y en mitad de tanta miseria, de tanta bajaza, hace nacer un amor que será limpio aunque lo quieran ensuciar las circunstancias.

La obra escrita en 1966 y silenciada durante algunos años fue elegida por el Centro Dramático Nacional para su estreno bajo la dirección de un maestro de actores, José Luis Gómez, el excelente actor sevillano. Y es que ésta es, sobre todo, una obra de actores. De una treintena de actores que multiplican sus personajes en contínuas apariciones para decir unas frases significativas, definidoras. José Luis Gómez sabe dirigir a los intérpretes, moverlos con soltura por el animado escenario y sacarle a cada cual su chispa emotiva o cómica, su indudable humanidad. Claro que el director contó con un excelente material humano, con un grupo de expertos intérpretes, entre los que destacan, por sus formidables intervenciones, Vicky Lagos, Asunción Sancho, Concha Hicalgo, Aurora Pastor, Antonio Iranzo, Manolo Andrés, Enrique Vivó, Avilino Cánovas, Fidel Almansa y José Carliño.

Y como elemento esencial en la obra, el vestuario y la espléndida escenografía creada por Carlos Citrynowski, todo muy anupero hasta la lluvia es verdadera — en ese corralón o plazuela de barrio que ocupa todo el escenario con escaleras y pasadizos a varios niveles y en los que quedan enmarcados los distintos lugares en los que se desarrolla la acción, una acción apaisada, casi cinematográfica que tiene ambientación previa antes de la representación, pues en los vestíbulos se han colocado paneles con fotografías y noticias de este tiempo de 1898 mientras que en un viejo piano se interpretan canciones de la época.

Es, resumidamente, un gran e interesante espectáculo que nos trae un pedacito de historia española a la puerta del barrio de la calle

FAUSTO BOTELLO

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA»,

de José María Rodríguez Méndez

EL Centro Dramático Nacional inició su andadura la pasada semana en el teatro Bellas Artes con la obra original de José María Rodríguez Méndez «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga».

La historia transcurre en los barrios bajos de Madrid en el año de desgracia para la España colonial de 1898; la derrota de nuestra Armada por la norteamericana, el abandono de Cuba y la salida de Filipinas ha dejado reducida a España a poco más de la península, las Canarias, las Baleares y los territorios africanos.

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» no es la narración de la vida de unos determinados personajes, sino que se trata de una colectividad que asume situaciones, no masificada, sino como grupo en el que existe entre sus componentes una gran interacción.

La realidad que pinta Rodríguez Méndez se nos

dicé que podemos encontrarla en Baroja, Solana, Nonell, Tapiés, Antonio López, pero sobre todo en don Pío; nosotros, por el contrario, vimos en esta pieza una gran semejanza, en cuanto similar planteamiento del arraigamiento de una determinada clase social, en Pérez Galdós y quizá en «Misericordia». Las bodas son un fresco de la época; se respira un ambiente general de decaimiento, de aceptación del fin de nuestro imperio, y el pesimismo español se resiente sirviendo estas bodas como síntesis y reflejo de la compenetración existente entre pueblo y España; cuando se pierde hasta la esperanza, el sentimiento nacionalista resurge en nuestro país con enorme fuerza, formando parte de nuestra propia historia.

La clase social que protagoniza esta historia no se trata del proletariado organizado como tal, sino del lumpen, de los marginados que hacen la guerra por su cuenta y en los que se da un sentimiento de solidaridad más exacerbado que en aquéllos.

Un viejo carterista que está al final de su carrera quiere cerrarla con un

golpe maestro y de este modo retirarse para el tranquilo disfrute del botín en los últimos años de su vida. Casa a su hija de trece años con un soldado recién llegado de Cuba y de este modo la vincula al robo del Casino de Madrid, que ha sido la víctima escogida. Tras hacerse con la caja, y con el dinero en sus manos, se celebran por todo lo alto los esponsales de la Fandanga, hija del carterista, y el Pingajo, el soldado que regresó de Cuba. Por un soplo indeterminado la Policía se entera de quiénes han sido los autores del robo, que son ejecutados tras su detención.

La escenografía, de la mano de Carlos Cytrynowski, alcanza una perfección estética difícilmente mejorable, siendo la dirección de José Luis Gómez de idéntica categoría a la que nos tiene acostumbrados, matizando poéticamente las situaciones y centrándolas en el contexto, aunque se localicen bajo él apenas perceptibles.

El colectivo de actores rayan a gran altura, siendo, sin embargo, digno de destacar el tra-

bajo del veterano José Bódalo, posiblemente en una de sus mejores interpretaciones.

C. G-O

ID: 1150021 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga', (el lumpen, en la escena). Pueblo (Madrid) 22/11/1978.



"BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA" (EL "LUMPEN", EN LA ESCENA)

Hace varios años, en una entrega de premios —los premios nacionales— que tuvo lugar en Barcelona y que presidió el también entonces ministro Cabanillas, sucedió, lo recordamos muy bien, algo así como un desafío. Adolfo Marsillach se levantó para hablar en nombre de los galardonados con objeto de manifestar la gratitud de todos, según el tópico y la retórica de esta clase de funciones. Pero el caso es que Marsillach, en un breve discurso muy bien hecho y, naturalmente, muy bien dicho, lanzó un desafío al ministro y pidió, encarnando el sentir general, libertad, más libertad para el teatro; atención, más atención oficial al teatro; mejores condiciones para el teatro... El ministro recogió el guante, le respondió con brillantez gallega y esperó la ocasión.

La ocasión ha llegado, y por iniciativa de la gente que rodea a Cabanillas —o del propio Cabanillas, no lo sé— se ha elegido a Marsillach para que encabece un equipo bien dotado, capaz de imprimir un empujón, en esta difícil época de crisis, al teatro español. Marsillach se puso a trabajar el último verano, eligió a sus hombres, desarrolló los poderes que se le habían confiado y aquí está el primer resultado: se acaba de estrenar, en el Bellas Artes, «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», bajo la protección, el patrocinio o como quiera llamarsele del Centro Dramático Nacional que aquél ha fundado y dirige dentro de la nueva política oficial que entonces, en Barcelona, había pedido. Algo importante se había conseguido.

LAS «BODAS...»

José María Rodríguez Méndez fue uno de los autores más castigados por la dictadura. A pesar de la persecución, logró estrenar, minoritariamente, algunas de sus invenciones. No consiguió, sin embargo, llevar al escenario el que para nosotros es su mejor texto, «Flor de otoño», ahora en la pantalla con un título más comercial y hasta con un premio. «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» proporciona más justificaciones a una discusión. Se conoce muy bien el pensamiento que envuelve el teatro de Rodríguez Méndez; tiene un fundamento ácrata, más que anarquista, como algunos han supuesto. En el caso que nos ocupa, Rodríguez Méndez se propone rescatar una época concreta muy significativa, la del «desastre» del 98, a través de un elemento situado en la pura negatividad social: el «lumpen» de aquel tiempo. R. M. se sirve de un lenguaje que se queda a medio camino entre el real del suburbio madrileño y el enriquecido particularmente por Arniches. A medio camino se queda también, entre el sai-

nete y el reflejo cóncavo del esperpento, la clave de esta estampa finisecular, sobre la que José Luis Gómez ha trabajado prolongadamente —sabemos que es un viejo sueño suyo poner de pie esta obra de Rodríguez Méndez— intentando una investigación rigurosa tanto del lenguaje como del trozo de la realidad histórica que afronta. «Poner en pie» este texto, como el propio Gómez ha escrito, no es lo que pretende, sino buscar todas las imágenes posibles que la historia implica..., las que sugiere y las que omite. Y se advierte esta naturaleza de su apuesta. El trabajo que Gómez desarrolla es inteligente, honesto, ambicioso..., y acertado en muchas de sus propuestas. No se puede, en verdad, dar un mejor juego escénico a este conjunto de delincuentes, soldados derrotados, la «hazmarginada» de una sociedad en plena fatiga. Gómez hace, sencillamente y con mucho talento, lo que puede. Y los actores le responden con brillantez: el veterano Bódalo, la excepcional Encarna Paso, un Fidel Almansa excelente, Vicky Lagos y Antonio Iranzo juntos en su sitio, Aurora Pastor, Carida —otro gran veterano: Manolo Alexandre—, Cánovas, Castro, Correa..., imposible citarlos a todos.

● El «lumpen» madrileño... El de Baroja y Solana, como bien se nos señala en las «notas». José Luis Gómez nos lo da en una representación irreprochable, concienzuda, acabada. ¿Qué más podíamos pedirle? Como tampoco podemos exigirle más a Cytrynowski, tan imaginativo siempre en la creación de espacios escénicos, y aquí también.

● Seguiremos hablando de este primer paso del «Centro Dramático Nacional», iniciativa que todo el que ame el teatro debe respaldar, apoyar, potenciar. La elección de la obra inicial se ha basado en criterios muy elaborados. Hay que decirlo, aunque no estemos de acuerdo con ella.

ID: 1148262 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga', de José María Rodríguez Méndez.. Arriba (Madrid) 29/11/1978.

TEATRO

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA», DE JOSÉ MARÍA RODRIGUEZ MENDEZ

(Centro Dramático Nacional.—Teatro Bellas Artes)

Dos estrenos aparecen ante la consideración crítica: el del Centro Dramático Nacional, como promotor escénico, y el de la pieza dramática de José María Rodríguez Méndez. En cuanto al primero, es pronto para emitir juicios o hacer vaticinios. De momento, no obstante la fulgurancia de su estafío y la buena intención que lo anima, cabe la duda razonable de que comporte la panacea espaz de curar la crisis de nuestro teatro. Sobre todo si elude el campo de la experimentación y la búsqueda y se limita a transitar por caminos ya trillados. Esperemos que no sea así y alabemos cuanto de positivo comporta la empresa.

En cuanto a la comedia dramática de Rodríguez Méndez debió registrar una sensación de relativo desencanto. Tanto el autor como el tema hacían concebir fundadas esperanzas de una profunda cala social, literaria e histórica, avalada en lo ambiental por suculentas apoyaturas —Baroja sobre todo—, dentro del inframundo madrileño ceñido en su espacio temporal a la pérdida por España de las colonias de Ultramar. La cala queda en raspadura y la intentada catarsis no pasa de la anécdota. Lamento tal superficialidad, porque si hay un autor dotado para la apuntada empresa entre los que hoy escriben, ese autor es

Rodríguez Méndez. Lo demostró, cumplidamente, en «Historia de unos cuantos». El fallo, sin embargo, no es a mi ver de falta de aliento, sino de dispersión. Tienta al autor la pintura ambiental y, ganado por su propio virtuosismo, se remansa en el cuadro de costumbres.

El tempo pedía el esperpento, pero se licua en el apunte de sainete. Así, donde podía sacudimos el aguafuerte sólo nos distrae la estampa. El desgarrado anima los movimientos de este lumpen expresivamente humano, no obstante, la garra no aparece por ninguna parte. Doy de entrada más consideraciones negativas sobre el texto para quedar más libre en la cita de lo mucho elogiable que en el encuentro. No como mimetismo, sino en calidad de noble antecedencia, cabe señalar la huella vaineolanasca. Pero las criaturas de Rodríguez Méndez son menos marionetas, menos esperpénticas que las de don Ramón. Se acercan más al humanismo popularista de don Carlos Arniches.

En cuanto a la dirección, no dejaba de plantear serios problemas. El resultado, inteligente y digno, peca a pesar de todo de frialdad. El tratamiento del texto carece de corporeidad dramática, no obstante el buen juego de las agrupaciones y el acierto de determinadas escenas —citaré las del banquete de boda de «La Fandanga»; todo resulta en cierto modo plano y en alguna ocasión —acaso esto pueda remediarse en representaciones sucesivas— falla el ritmo. La interpretación, no obstante el realismo de base de que se habla en el programa, se enfoca con cierto distanciamiento, lo que denota la inclinación brechtiana del director.

Llegan al público, de modo directo, José Bódalo en «El Petate» y Fidel Almansa en «Pingajo». En su extraño papel de «Madre Martina», Ilmosnera trata conventos, Vicky Lagos pone a contribución su talento dramático. A poco más que hubiese apurado, le sale al autor una deplorable monja de «La Troca». El instinto de la actriz salva el peligro. Manuel Alexandre tiene la virtud de hacer natural y verdadero cualquier personaje. Al desvaído «Salamanca», compañero de correrías de «El Petate», le infunde vigoroso nervio. Encarna Paso incorpora a «Rosas», mujer del carterista y madre de «La Fandanga», con estupefante desgarrado, al que mezcla el dolor y la ternura. Enrique Vivó ajusta a su dominio escénico el tipo del «Tuerto».

Merece cita el resto del reparto, a saber: Imanol Arias, Elena Arnao, Luis Brion, Lorenzo Cabellos, Yolanda Cabellos, Avdo Cánovas, José Caride, Juan Antonio Castro, José Antonio Correa, Rafael Chaca, Adela Escartín, José González, Teresa Guayda, Emilio Hernández, Concho Hidalgo, Antonio Iranzo, Manuella Madrid, Nicolás Mallo, Francisco Minondo, Joaquín Molina, Guillerino Montesinos, Aurora Pastor, Concha Rabal, Ángela Rosal, Fernando Tortre y Mercedes Valdeita. Los aplausos y

Julio TRENAS

TEATRO

Por Pablo CORBALAN

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de Rodríguez Méndez (BELLAS ARTES)

MADRID, 30.

HAY que empezar saludando un hecho de gran importancia. Y es la puesta en marcha del Centro Dramático Nacional, un organismo oficial de promoción teatral en todas las direcciones que hoy pueda indicar tal término. Su primer paso ha sido facilitar el acceso a la escena de una de las obras más perseguidas por la censura del no tan antiguo régimen. Pero lo importante es que nuestra todavía balbuciente democracia haya puesto en funcionamiento este instrumento cultural. Y que lo haya echado a andar con plena independencia de criterio, de orientación y de actuación para los encargados de hacerlo funcionar y desarrollarse. De este modo el acontecimiento cultural se hace también político y nos obliga razonablemente a todos a sentir ese amargo de optimismo dada la enorme saturación de prudencia que arrastramos— sin el cual casi no se puede vivir.

vezes y lo que queda para el espectador es el cuadro barrabajero y popular, de chunga triste o de tristeza chungada, pero sin la eficacia, auténticamente dramática, verdaderamente poética, que vertebraba y estructura el cuerpo de un drama.

Con un texto repleto de pujas, como es el de Rodríguez Méndez, pero tan esquemático y desprovisto de interna carnalidad, el gran José Luis Gómez —¡aquel "Arthur U!"— ha tenido que trabajar como director, muy tenazmente. Primero, ha tenido que llevar, a través del escenógrafo Cyttrynowski, el realismo del texto a sus últimas consecuencias. Un realismo no sólo monumental por su trazo, sino, y de qué modo, por su materialización. Ese realismo, de tanta imponente física, ha sido después tratado, en cuanto a la dirección de actores, al ritmo escénico y, digamos, a la coloración de la representación, con tintes amortiguadores, aligodados hasta donde era posible, para evitar la demadriación imperiosa de compensar. José Luis Gómez creo que acertó haciendo lo que hizo y, con él, creo que acertaron, el escenógrafo, y poniendo todas sus cualidades y recursos y toda su disciplina, los actores, entre los que hay que nombrar por su importancia a Encarnina Paso, José Bódalo, Fidel Almansa, Vicky Lagos, Manolo Alexandre y Antonio Irujo. En el aire del desastre colonial del 98, ellos suponen el pueblo de todos los desastres. «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» queda como una pieza liberadora por su aliento y sus propuestas y por su enorme raíz social de recio teatro castizo.

La obra que el Centro Dramático Nacional ha puesto en el escenario —en el escenario del Bellas Artes, que es uno de sus teatros; el otro es el María Guerrero— lleva el retórico título de «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga». Su autor es José María Rodríguez Méndez, del que sólo han llegado al público, de forma comercial, tres obras y alguna que otra más a través de las catacumbas de los grupos independientes. Su nombre suele ser relacionado con el de Martín Recuerda y también con los de Lauro Olmo y Carlos Muñoz. A todos ellos juntos se le suele etiquetar como la «generación realista». Son procedimientos de información que orientan, pero que habría que matizar mucho. Más o menos, este grupo circuló paralelamente a los poetas sociales —Celaya, Blas de Otero, Nora, De Luis, Garcíasol—, a los novelistas del realismo crítico —García Hortelano, Juan Goytisolo, López Salinas, Ferrás, Grosso—, y a los artistas plásticos de «Temampa popular» —Zamorano, Alvarez, Delgado, Ortega. A todos ellos, y con algún desnivel cronológico, les inhere un sentido social y a veces político de su tarea. Denuncia, protesta y acometividad parecen resumir su actitud.

«Bodas que fueron...» acusa la estética del crispado berriísmo que su autor había mostrado en «Historia de unos cuantos», una de sus escasas piezas representadas y la última que pudimos ver en Madrid. Esa estética comienza por ser apasionadamente adepta a lo popular y como se excede —lo excesivo, como se verá, resulta ser la base misma del disparadero dramático de Rodríguez Méndez—

cae a menudo en el populismo. En esto su vía expresiva procede del sainete arriachero. Pero como también se nutre de los harapos populares, deriva hacia el miserabilismo y, por aquí, si los pinceles no se han enardecido todavía, se aproxima al toque zulagüesco; si, por el contrario, aquellos se han mojado en ácido corrosivo y, a la vez, en un cierto y difícil humor llamado sarcasmo, entonces Rodríguez Méndez logra un resultado espléndido: el sainete ensamblado, turbio de miseria y ácido de hambre, con el esperpento, es decir, un producto de indudable tensión, validez dramática autónoma y efectividad escénica. Por ahí, en la parte de su producción que se conoce, tan poca, se encuentra el mejor Rodríguez Méndez, aunque, en su tendencia por lo excesivo —el grito desgarrado, el aspavento repetido, el llanto como zarzapazo—, llegue al carpetovetismo de un Eugenio Noel, por ejemplo, escritor extraordinario, pero al que no hay que seguir nunca. El teatro de nuestro autor no nace de una teorización clara, sino que se inscribe en lo instintivo y sentimental arrimado siempre a la situación injuriada de las capas más bajas del pueblo. Su teatro, pues, brota como un chorro de sangre, como una pasión incontenible, ardiente, romántica y libertaria. Aquí no cabe la especulación y todo

es narración temperamental y descripción arrebatada. Su propósito más directo es el de provocar la más inmediata y ciega identificación con la realidad social más desprovista y rasgar las conciencias con un navajazo de rebeldía solidaria.

En el caso de «Bodas que fueron...», yo creo que Rodríguez Méndez no se aparta en ningún momento de la corriente que acabo de trazar tan a grandes rasgos. Esta corriente, como he dicho, estaba ya en «Historia de unos cuantos». Pero existen también en las «Bodas...» una misma manera de plantear el tema, y ésta es la de establecer una serie de cuadros a través de los cuales se plantea la línea argumental, pero sin que llegue a establecerse de una manera continua, sino que es fragmentada, como un film al cual le faltaran fotogramas. Esta manera de hacer descoyunta un tanto las cosas y hace que la pasión desencadenada y visceral que proyecta establecerse en escena quede neutralizada. La acción no llega a tensarse y, por el contrario, se desmaya muchas

embre de 1978

ESPECTACULOS

TEATRO/"BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA"

Entre Baroja y Valle

Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga, de José María Rodríguez Méndez. Escenografía: Carlos Cytrynowski. Dirección: José Luis Gómez. Principales intérpretes: Vicky Lagos, Encarna Paso, Aurora Pastor, Fidel Almansa, José Bódalo, Antonio Iranzo. En el Teatro Bellas Artes, del Centro Dramático Nacional.

ENRIQUE LLOVET

Entre el espejo cóncavo de Valle Inclán y el espejo convexo de Baroja, José María Rodríguez Méndez prefiere el cóncavo, y José Luis Gómez el convexo. Es el único problema. Por lo demás el espectáculo es un imponente trabajo concebido con seriedad, ejecutado con maestría y llevado a término con matemática y ejemplar precisión.

Me gustaría no tener que decir que en el conjunto de notas, declaraciones, referencias y publicidades se ha producido un silencio desdeñoso sobre el montaje de esta obra que hizo, en Barcelona, la Asamblea d'Actors i Directors. No se puede presentar este estreno como absoluto porque no lo es. Yo lo ví y escribí largamente sobre él (EL PAÍS, 20 de agosto 1976), lo que quizá me permita ahora situar mejor el trabajo del Centro Dramático. Dije y digo, hablando de Rodríguez Méndez, que «su quincena de títulos tiene una constante ética: la denuncia; otra, formal: la imaginación; otra, técnica: la capacidad dramática; otra, ética: la piedad... El indiscutible «valleinclanismo» de Rodríguez Méndez le proyecta «más allá» del teatro de denuncia al uso. El voluntarismo trivial de los menos dotados de nuestros politizados autores suele ofrecernos un pobre y corto muestrario de obvias denuncias, superficiales y reiterativas. Rodríguez Méndez -como Valle- penetra declaradamente entre las gentes oscuras, para iluminar unas vidas marginadas e incluso, si se quiere, arcaicas... La época es el 98, contemplado sin énfasis. La es-

perpétua visión del autor aleja la vida «oficial», la limita, la recuerda burlona y tristemente e impide el asanamiento y la frivolidad folklorizante. El pobre Pingajo nace, vive y muere sin comprender lo que le sucede. Su hambre y su lujuria sobreflotan a la sociedad finalista del derrumbamiento colonial. Pingajo es un miserable, que sigue miserable aunque se disfrace, y que se estrella una y otra vez contra las secas tapias del orden establecido. Supersistema críticamente contemplado por el autor, casi con la óptica del Pingajo y la Fandanga; es decir, desnudo de sus apariencias mayestáticas, abultadamente visto, denunciado, transpuesto al «callejón del gato».

De «callejón del gato» nada, se ha dicho ahora. Naturalmente, es muy licito. Pero la sustitución de la «V» Valle por la «B» Baroja plantea interesantes cuestiones. Siendo de base técnica muy superior -realmente buenísima-, el montaje de José Luis Gómez es deliberadamente frío, mucho más frío que el de Schaaff y Sanchis. Ciertos recortes y alteraciones del texto anterior hacen de la primera parte un brillante texto de información histórica y concentran desequilibradamente la historia en la segunda parte. Son dos ritmos y dos colores. El primero, en heroica lucha con el peligro del sainete, no siempre esquivado -la escena del banco lo es-, es un homenaje literal a las formas de comunicación barojianas. En la segunda parte se esquematiza y precipita muy condensadamente la historia particular. El esperpento se acerca, felizmente y a la fuerza, porque es característico del «valleinclanismo» tomar partido y no tratar a todos los personajes con ética igualitaria. En esas condiciones la estética de la primera parte sigue muy, muy de cerca el marco de *Las arrecogias*, y la segunda es de creación más genuina y comprometida.

Ninguna de estas reflexiones tiene que ver, por supuesto, con la calidad del trabajo realizado. Este

es de gran factura. Un enorme esfuerzo ha sido hecho para definir los personajes, interrelacionarlos e integrar el censo en las coordenadas de una atmósfera conseguidísima. De ella parece surgir y desprenderse la acción propuesta con escalofriante inevitabilidad. Este es el máximo hallazgo: la estrecha vinculación entre el tiempo histórico real, su expresión, su reflejo dramático, su exposición ética. Puede que la anécdota de *Las bodas...* pierda densidad. Hemos ganado, en cambio, un proceso iluminante,

chable. Esta es una de esas obras que no podrían ponerse en pie sobre la escena sin la mente lúcida y la mano segura de un coordinador, de un director seguro de sí mismo, capaz de ver todo lo que, plástica y socialmente, trasciende del texto para darle ese calor de realidad viva, de humanidad auténtica que convierte la escena en un friso de tragedia griega, vestida con los sucios y modestísimos ropajes —¡qué perfección hasta en eso!— de la miseria.

José Luis Gómez, director del espectáculo, adquiere en este caso una categoría equiparable a la del autor, es coautor en gran parte. La escenografía de Carlos Cytrynowski es, todo un alarde de perfección, pero es más admirable aún la forma en que el realizador ha sabido dar, a un escenario único y solidísimo, un aire cambiante y versátil, capaz de reflejar, en segundos, ambientes tan distintos como la barriada, el cuartel, la plaza pública, el parque elegante, el lugar de las ejecuciones... Mariano López, en la realización escenográfica; Anselmo Alonso, en el montaje; el vestuario —obtenido, en parte, en el Rastro madrileño, de ahí su enorme verismo—; el asesor musical; en fin, todos los componentes de la extensa ficha técnica se apuntan un triunfo infrecuente en la presentación de ese escenario incomparable.

Capítulo aparte merece la interpretación: José Bódalo, Manuel Alexandre, Fidel Almansa, Encarna Paso, Aurora Pastor, Antonio Iranzo, Vicky Lagos, Enrique Vivó se destacan en forma notable, porque los personajes que les han sido encomendados tienen un más relevante cometido. Pero justo es decir que todos los componentes del extenso reparto actúan a la perfección y no como piezas de ajedrez, sino como seres reales, llenos de vida y de expresividad, de total entrega al servicio de una tarea por tantas razones admirable.

Los aplausos finales fueron insistentes y en ellos culminaban ovaciones anteriores al final de algunas escenas y como premio para algunos más. Todos los participantes en el éxito compartieron los plácemes del auditorio y el autor, brevemente, agradeció a todos el esfuerzo realizado para dar vida a su obra, tan noblemente. —FEREZ FERNANDEZ

ALGUNOS FILMES QUE PARTICIPARON EN EL XXIII CERTAMEN DE CINE DE VALLADOLID

Valladolid. (De nuestro corresponsal.) Entre las películas que se proyectarán en la XXIII Semana Internacional de Cine de Valladolid hay que destacar «Black and White in colour», un filme de Costa de Marfil de Jacques Anaud, que mereció el «Oscar» a la mejor película extranjera en 1977; la versión marroquí de «Bodas de sangre», dirigida por Sauhel Ben Barka; dos películas francesas: «La machine», de Paul Vecchiali, y «Haro», de Gilles Behat; dos italianas: «Los últimos tres días», de Gianfranco Mingozzi, y «La morie al lavoro», de Gianni Amelio. En este anticipo de programación figuran también dos interesantes títulos norteamericanos: «Girl Friend» de Clauda Weill, y «Blus Collar», de Paul Scharader. «Una noche muy moral», de Karóli Makk, será uno de los filmes que representen a la cinematografía del Este.

En la sección cultural del certamen se ofrecerá una completa panorámica del cine japonés, con películas realizadas dentro de este año, al objeto de conseguir un mayor conocimiento de la labor de los realizadores nipones. También, dentro del Ciclo Informativo, figuran dos filmes griegos de gran interés: «Gritos de mujer», de Jules Dassin, y «Los abúlicos del valle fértil», de Nikos Panalopoulos, que asistirá a la Semana como invitado y participará en las Conversaciones de Cine.—F. ALVARO.

Opera

“EL CONSUL”, DE MENOTTI, CON DIRECCION ESCENICA DEL AUTOR

Excelente labor interpretativa de la Escuela Superior de Canto

Dentro del ciclo de «Opera para la juventud» y con los precios popularísimos señalados para él, se ha ofrecido en el teatro de la Zarzuela una estupenda representación de «El consúl», de Menotti, dirigida escénicamente por su autor.

Señalamos la culpable indiferencia de los madrileños que se llaman aficionados a la ópera y creen demostrarlo sólo con colmar la «Norma» de Montserrat Caballé o la «Manón Lescaut» de Plácido Domingo, sirvan las citas de ejemplos recientes, o las «Bohèmes», «Butterflys», «Aidas» y poco más de media docena de títulos taquilleros de siempre. El hecho es lamentable. ¿Dónde estaban muchos de los Amigos de la Ópera? ¿Dónde, quienes después se rasgan las vestiduras porque no encuentran puesto en una «Bohème» de la Freni con Pavarotti, como si debiesen guardárselos entradas para satisfacer sus caprichos de simples clientes de acontecimientos sensacionales?

«El consúl» es, quizá, la mejor obra de Gian Carlo Menotti. Este, uno de los pocos herederos brillantes, un tanto a la americana y un mucho atento a temas de hoy, del cetro lírico teatral de Puccini. Son muy escasas las óperas con garra que han visto la luz a partir del estreno, en 1950, de la que nos ocupa. Sólo una vez, en estupenda interpretación de María Orán, se había interpretado en Madrid. El anuncio, ahora, con la garantía de la presencia y colaboración del autor como director escénico, debió suscitar ese interés cuya ausencia censuramos.

Teatro musical ciento por ciento. En el tema, los personajes, situaciones, diálogo —aunque agradezcamos la anónima versión española, la italiana, que conocíamos, tiene calidad más dulce y musical—, sofisticados efectos, melodramatismo con base en circunstancias tristemente reales, contrapunto de alucinaciones y sueños, encarnadas líricas que nunca rompen la acción, remansos cómicos para la humanísima tragedia latente y extraordinario tacto distributivo en el juego equilibrado de las voces y una orquesta que subraya, matiza y sostiene.

Clima de represión policial. John, el héroe de la libertad, que ha de huir. Magda, la esposa, que —muertos el hijito, la madre— persigue el visado que le permita unirse a él y choca, una y otra vez, con el muro de la frialdad burocrática. La decisión de suicidarse para cortar el peligro del retorno de John, cuando sabe que éste piensa volver a ella, sin que pueda impedir el regreso, la detención... Mientras el gas de la pobre cocina hogareña acaba con la vida de Magda, suena tardíamente el teléfono, que, desde el consulado, intenta evitar el holocausto.

Ses escenas alternativas —en la humilde casa de los Sorel y la oficina diplomática— encierran el curso ponderadísimo de la acción. El afán de lograr validez para los respectivos pasaportes permite el desfile por el consulado de tipos muy pintorescos: desde el noble a la campesina y el prestidigitador, ante la secretaria helada, sólo riente en la pueril conversación telefónica particular.

La anécdota prende, nos capta, porque a la habilidad en su desarrollo, a la sincera emoción y simpatía que despiertan muchos personajes y momentos, se une el acierto

de la tan adecuada partitura. «Ritornellos», a modo de «cuento de la buena pipa», que reflejan el rutinario, inflexible acopio documental; concertantes originalísimos en varios finales de cuadro, sobre todo el trío del adiós en el primero —circunstancialmente desafinada la soprano—, y un quinteto en el consulado, con voces independientes y empotradas a la vez; largos periodos líricos, así el único número extenso y delimitado, el aria de Magda, envuelta en el horror a los papeles, cuando confiesa que sus ojos tienen «color de lágrimas» y su nombre es «mujer», fragmento que valió interminable y justa ovación a Célida Alzola. Es o, la tirada «pucciniana» de la «mujer extranjera», la tierna, ingenua campesina, hermana de Liu... ¡Tantas cosas! Porque lo mejor es la unidad, dentro de la variedad, de la partitura.

La obra, con feliz fondo escenográfico de Burmann, fue magistralmente dirigida por Gian Carlo Menotti. Los juveniles cantantes-actores de la Escuela cumplieron como buenos y vivieron sus personajes, atentos a la acción. Periodos peligrosos, como la plasmación del sueño y el baile sucesivo, se lograron con eficacia y dignidad absolutas.

Es posible que a la bisoña Célida Alzola, cuya voz es bonita, segura, fácil y extensa, le hubiese convenido una mayor intensidad dramática, pero estuvo convincente y digna del gran éxito personal. Quizá la «Secretaria» de Evelia Marcote deba ser todavía más dura que lo alcanzado por su estampa física, menuda y simpática. A la voz de bajo de Jesús Sanz Remiro, como «Agente de policía», le falta campo aquí, dada la testitura un poco alta. Pero los tres cumplieron de forma plausible en extremo.

Manuel Bermúdez se mostró suficiente en lo vocal para «Sorel» y espléndido por la varonil estampa. (Injustísimas, inoportunas, por ello, las airadas, repetidas, solitarias voces de un espectador ante la insistencia en el empleo de «un apellido» como si se tratase de confiarle un protagonista barítono de «Rigoletto», «Trovador» o cualquier otro gran título de responsabilidad si peligrosa.) Excelente, como caricato y tenor cómico, el «Mago», de Santiago de la Cruz. Muy en línea, por voz y actitud el «Kofner», de Juan Pedro García Marqués. Con comunicatividad, Efigenia Sánchez, en la «Mujer extranjera». Digna en voz y gusto la «Madre», de Carmen Sinovas. Adecuados, en fin, Julia Casamayor, Cecilia Soler, Francisco Valls. El aplauso los engloba a todos. Porque lo mejor fue el trabajo de conjunto.

He aquí un típico ejemplo de lo que debe hacer, porque la enaltece, una Escuela Superior de Canto. Con la misma sinceridad puesta en censuras de otras ocasiones, vaya en esta para su directora, Lola Rodríguez Aragón, un elogio abierto.

En el general de la noche, puede sumarse el debido a la nutrida orquesta y su director, Odón Alonso, que entendió perfectamente la partitura y logró detalles y efectos, quizás sólo con algún exceso de sonoridad innecesario. La ejecución, además, salvo solitarias imperfecciones de ataque y ajuste en la escena final, fue meritoria.

El éxito, en clima de lógico entusiasmo, alcanzó su plenitud cuando, entre los intérpretes y el maestro, salió a escena Gian Carlo Menotti. Las ovaciones cobraron, entonces, la máxima intensidad. Unos pocos intentábamos, así, compensar la deserción de tantos.—Antonio FERNANDEZ-CID.

MOLINO DE LA HOZ

Precioso chalet francés, a estrenar
Situación privilegiada

Teléfonos 259 87 93 y 637 45 21

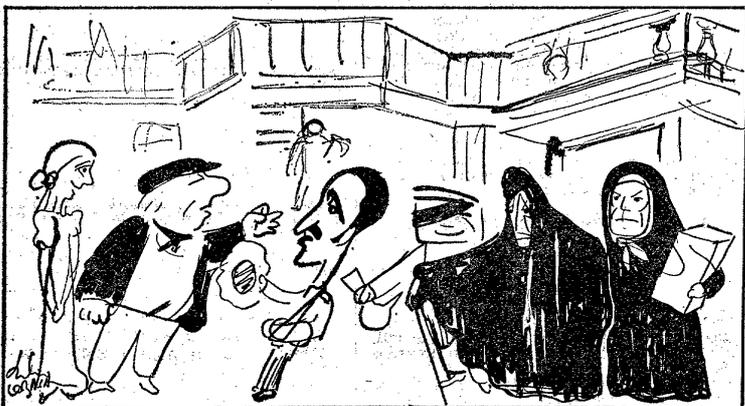
ESPECTACULOS

Crítica de teatro

EN EL BELLAS ARTES

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA»

Inició brillantemente sus actividades el Centro Dramático Nacional



Aurora Pastor, José Bódalo, Fidel Almansa, Enrique Vivó, Concha Hidalgo y Angela Rosal

Cuando el último telón cayó sobre la escena del teatro Bellas Artes, el ministro de Cultura, que había seguido la representación desde una de las primeras filas, se puso en pie para aplaudir el brillante triunfo del Centro Dramático Nacional. Muchos espectadores se volvieron hacia él para aplaudirle también y fueron numerosos los que le felicitaron, como protagonista importante del gran éxito.

Porque una cosa hay que poner de manifiesto inicialmente, prescindiendo de todo juicio subjetivo: el Centro Dramático ha sabido arrancar —bajo la experimentada dirección de Adolfo Marsillach— con fuerza y con brío. Ese es el primer gran éxito: no se podía empezar con tanteos balbucientes; había que pegar fuerte y así se ha hecho. La segunda baza importante, que hay que apuntar también como factor destacado del éxito, es la seguridad, la perfección, el dominio. El Centro ha tardado en iniciar sus actividades; se ha tomado su tiempo preparatorio. Pero bien claro quedó en la noche del estreno, que todo ese tiempo estaba justificado: se ha hecho un esfuerzo tremendo en el montaje de esta primera obra y se ha logrado su representación sin un fallo, sin un «perro» que oponerle, en los aspectos técnico y artístico.

Se podrá discrepar, luego, en torno a la calidad de la obra —para nosotros, excelente— o a la oportunidad de este salto atrás hacia un teatro eminentemente realista, cuando todo parece orientarse hacia ensayos de vanguardia.

En nuestra opinión ha sido también un acierto la elección de un autor español contemporáneo, José María Rodríguez Méndez —hasta ahora marginado y reducido a apariciones esporádicas y limitadas—, que demuestra estar en posesión de un enorme talento dramático, de un singular dominio de la construcción escénica y de una capacidad creadora que no se arredra ante las dificultades.

Se señala su entronque con el mundo barrojano y eso nos parece un evidente elogio: que un autor todavía joven —Rodríguez Méndez nació en 1925 y tiene en su haber una extensa obra teatral y novelística— sea capaz de darle a nuestra escena aquel vigor expresivo, aquella sensación de vida auténtica que consiguieron en sus creaciones Baroja o Galdós, Goya, Valle-Inclán o Solana, constituye un merecido elogio.

La obra de Rodríguez Méndez, elegida para esta iniciación de actividades del Centro Dramático Nacional, es todo un retablo alucinante, un espectáculo colectivo, cuyo protagonista es un sector miserable del pueblo español, en una época triste de nuestra historia: el desastre de 1898. Por la escena pasan las gracias y las desgracias de unos tipos bien definidos: el Pingajo, un héroe anónimo de la guerra de Cuba —la estatua de Casorro, al fondo, es un símbolo permanente y expresivo— borrachín y pobre hombre; el «Petate», un campechano temperamental, dispuesto a todo, incluso al delito, para salir aunque sólo sea momentáneamente de su pobreza harapienta; el «Salamanca», un raterillo de manos ágiles, y la

La escena al día

BUERO VALLEJO, FUERA DE PELIGRO.—El pasado martes, como consignamos en «Última hora» de nuestro diario, fue operado el ilustre autor y académico de una delicada afección renal, de la que se recupera felizmente.

DESDE JERUSALEN.—Nuria Espert nos notifica su próxima reaparición, tras larga ausencia de nuestros escenarios, al frente de un espectáculo dramático.

PREMIO.—El Grupo Teatro Aguilar convoca el V Concurso Aguilar de obras teatrales inéditas en castellano. El concurso, abierto el pasado día 15, quedará cerrado el 1 de marzo, debiendo ser dirigidas las obras a dicho grupo, calle de Juan Bravo, 36.

«JUGUEMOS AL TEATRO».—Es una serie de historias y cuentos teatralizados que se representan en la sala Cadarso los domingos, hasta el próximo, a las doce de la mañana. También en dicha sala Teatro La Jincacha ofrece su teatro infantil, de mérito indudable.

ALFONSO PASO.—Desde hace tiempo se reciben cartas en Stéfanis solicitando un homenaje en memoria del comediógrafo desaparecido, teniendo en cuenta la circunstancia de que en dicho local se representa en la actualidad una obra de dicho autor desde hace un año.—A. L.

Carmela, esposa del «Peta» y mujer de armas tomar... Pero estos cuatro protagonistas centrales son el pretexto para situar una acción simple —las bodas que iban a ser «sonadas»— como eje del abigarrado conjunto que gira, incesantemente, en derredor. Porque el verdadero protagonista del drama es el pueblo barriobajero de los madriles, gentes extrañadas de la informe masa de la mediocridad humana que viven, como pueden, en garitos inmundos, en el viejo Madrid de calles putrefactas, por las que corren aguas de todo tipo de vertederos. Un mundo cambiante que deja claramente reflejado, en sus saltos de la algazara a la desgana, en su pasividad, en su dramática resignación, todo el tremendo clima de una España hundida, rota y sin esperanzas.

A través de ese retablo viviente, tan reducido y limitado en el espacio de una barrida, se refleja y se intuye el entorno que ignora el abandono despiadado e injusto de los marginados, toda una etapa negra de los momentos más difíciles de nuestra historia reciente...

Es ahí donde se encierra el mensaje —que lo tiene y hondo— de la obra de Rodríguez Méndez: porque no hay pasado que no pueda superponerse al presente, para extraer lecciones y consecuencias. Y esos bajos fondos madrileños —que Baroja y Galdós pintaron con mano maestra, como ahora lo hace también José María Rodríguez— están todavía vivos, a un paso de la Puerta del Sol, sumidos muchos en el mismo clima de abandono y de desesperanza. De ahí la actualidad válida de estas «Bodas famosas» y dramáticas, tan brillantemente presentadas.

El esfuerzo creador del autor ha tenido el complemento de una realización irrepro-

OFICINAS EN CLAUDIO COELLO, 77

de 430 m², divisibles
VENTA O ALQUILER

INFORMACION:

Inmobiliaria Zabálburu, S. A.
Tels. 4678324 y 4678359 - MADRID

ID: 1683195 - 'Bodas que fueron famosas del pingajo y la fandanga', de José María Rodríguez Méndez. Centro Dramático Nacional. Teatro Bellas Artes. Arriba (Madrid) 29/11/1978.

críticas

MÚSICA

EL MOZART DE OROZCO

Actuaba esta semana la Orquesta de la RTVE a las órdenes de uno de sus titulares Odón Alonso, y como solista reaparecía el pianista Rafael Orozco, quizá la figura más internacional de la interpretación española en su generación. Orozco es un pianista virtuoso, brillante y de una asombrosa técnica. Su magistral concepción de los pentagramas románticos estaba más que demostrada. Pero en esta ocasión se enfrentaba a la claridad de una obra mozartiana, el perfecto «Concierto número 20 en re menor». Aquí demostró también que su capacidad musical es inmensa y que puede abordar con el máximo rigor todos los estilos. Su Mozart poseyó una gran transparencia y una gran verdad de mecanismo, y al mismo tiempo una concepción musical del más alto grado, sabiendo extraer la emoción del equilibrio y la expresión sin desdoro de la imposibilidad de la forma abstracta. Gran lección la de Orozco y gran éxito el obtenido en esta ocasión, donde contó con la buena colaboración de la orquesta y del director.

Previamente Odón Alonso había vuelto a ofrecer una obra que se diera a conocer en Madrid no hace mucho: «Anna Franck, un símbolo», de Jordi Cervelló, ratificándonos en el juicio de que se trata de una obra bien construida dentro de un expresionismo de corte actual que persigue unas metas directas que Cervelló sabe alcanzar con la máxima altura. La obra fue de nuevo muy bien acogida. Y como final, una obra superconocida, la «Tercera sinfonía, Heroica», de Beethoven, en la que el director supo plantear una versión personal, conienzudamente estudiada, tratando de obtener el máximo partido de una obra celeberrima y conocida por el público. Creo que lo consiguió y que su versión fue muy convincente. La Orquesta de la RTVE sonó también muy bien y ofreció un concierto de muy satisfactorio nivel.

Tomás MARCO

TEATRO

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA», DE JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ MENDEZ

(Centro Dramático Nacional.—Teatro Bellas Artes)

Dos estrenos aparecen ante la consideración crítica: el del Centro Dramático Nacional, como promotor escénico, y el de la pieza dramática de José María Rodríguez Méndez. En cuanto al primero, es pronto para emitir juicios o hacer vaticinios. De momento, no obstante la fulgurancia de su «staff» y la buena intención que lo anima, cabe la duda razonable de que comporte la necesaria cohesión de curar la crisis de nuestro teatro. Sobre todo si elude el campo de la experimentación y la búsqueda y se limita a transitar por caminos ya trillados. Esperemos que no sea así y alabemos cuanto de positivo comporta la empresa.

En cuanto a la comedia dramática de Rodríguez Méndez debe registrar una sensación de relativo desencanto. Tanto el autor como el tema hacían concebir fundadas esperanzas de una profunda cala social, literaria e histórica, avalada en lo ambiental por suculentas apoyaturas —Baroja sobre todo—, dentro del intramundo madrileño ceñido en su espacio temporal a la pérdida por España de las colonias de Ultramar. La cala queda en raspadura y la intentada catarsis no pasa de la anécdota. Lamenta tal superficialidad, porque si hay un autor dotado para la apuntada empresa entre los que hoy escriben, ese autor es

Rodríguez Méndez. Lo demostró cumplidamente, en «Historia de unos cuantos». El fallo, sin embargo, no es a mi ver de falta de aliento, sino de dispersión. Tienta al autor, la pintura ambiental y, ganado por su propio virtuosismo, se remansa en el cuadro de costumbres. El tema pedía, al parecer, pero se licia en el aguije de saliente. Así, donde podía, sacó duros el aguijete sólo nos distrae la estampa. El desgarró anima los movimientos de este lumpen expresivamente humano, no obstante, la garra no aparece por ninguna parte. Doy, de entrada mis consideraciones negativas sobre el texto para quedar más libre en la cita de lo mucho elogiable que en el encuentro. No como mimetismo, sino en calidad de noble antecedente, cabe señalar la huella valencianesa. Pero las criaturas de Rodríguez Méndez son menos marionetas, menos esperpénticas que las de don Ramón. Se acercan más al humanismo, populista de don Carlos Arniches.

En cuanto a la dirección, no dejaba de plantear serios problemas. El resultado, inteligente y digno; pecca a pesar de todo de frialdad. El tratamiento del texto carece de corporeidad dramática, no obstante el buen juego de las agrupaciones y el acierto de determinadas escenas —citaré las del banquete de boda de «La Fandanga»—; todo resulta en cierto modo plano y en alguna ocasión —acaso esto pueda remediarse en representaciones sucesivas— falla el ritmo. La interpretación, no obstante el realismo de base de que se habla en el programa, se enfoca con cierto distanciamiento, lo que denota la inclinación brechtiana del director.

Llegan al público, de modo directo, José Bódalo en «El Petate» y Fidel Almansa en «Pingajón». En su extraño papel de «Madre Martina», limosnera trotacuentos, Vicky Legos pone a contribución su talento dramático. A poco más que hubiese apurado, le sale al autor una deplorable monja de «La Traca». El instinto de la actriz salva el peligro. Manuel Alexandre tiene la virtud de hacer natural y verdadero cualquier personaje. Al desvalido «Salamanca», compañero de correrías de «El Petate», le infunde vigoroso nervio. Encarna Paso incorpora a «Rosa», mujer del carterista y madre de «La Fandanga», con estúpido desgarró, al que mezcla el dolor y la ternura. Enrique Vívó ajusta a su dominio escénico el tipo de «Tuerto».

Merece cita el resto del reparto, a saber: Imanol Arias, Elena Arnao, Luis Brión, Lorenzo Cabellos, Yolanda Cabellos, Avelino Cánovas, José Caride, Juan Antonio Castro, José Antonio Correa, Rafael Checa, Adela Escartín, José González, Teresa Guayda, Emilio Hernández, Concho Hidalgo, Antonio Irujo, María la Madrid, Nicolás Mallo, Francisco Minondo, Joaquín Molina, Guillermo Montesiños, Aurora Pastor, Concha Babal, Angela Rosal, Fernando Terre y Mercedes Valdeita. Los aplausos y

Julio TRENAS



a la Constitución de la concordia

Vamos a decidir nuestro futuro. El 6 de diciembre votamos la Constitución de la Concordia. Durante muchos meses de trabajo serio y responsable, las Cortes han elaborado desde el respeto a la ley y con la decisiva participación de los hombres y mujeres de UCD, un texto democrático y progresivo que permitirá la convivencia pacífica de todos los españoles. UNION DE CENTRO DEMOCRATICO pide el Sí porque esta Constitución hace de España un Estado de Derecho,

en el que la soberanía reside en el pueblo; porque garantiza la unidad de la Nación y reconoce las autonomías; porque se fundamenta en el derecho a la persona y protege la vida, las libertades públicas, la libertad de enseñanza y la familia; porque garantiza la iniciativa privada, la libertad de empresa y una justa distribución de las cargas fiscales y de la riqueza. Esta es la Constitución de todos los españoles. Vota Sí a la Constitución de la Concordia.



Sí, para entendernos todos

TEATRO

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de Rodríguez Méndez (BELLAS ARTES)

MADRID, 30.

HAY que empezar saludiando un hecho de gran importancia. Y es la puesta en marcha del Centro Dramático Nacional, un organismo oficial de promoción teatral en todas las direcciones que hoy pueden indicar tal término. Su primer paso es el acceso a la escena de una de las obras más persiguidas por la censura del no tan antiguo régimen. Pero lo importante es que nuestra todavía balbuciente democracia haya puesto en funcionamiento este instrumento cultural. Y que lo haga a través de un instrumento de orientación y de actuación para los encargados de hacerlo funcionar y desarrollarse. De este modo el acontecimiento cultural se hace también político y nos obliga razonablemente a todos a sentir ese amor de optimismo dada la enorme saturación de prudencia que arrastramos— sin el cual casi no se puede vivir.

La obra que el Centro Dramático Nacional ha puesto en el escenario — en el escenario de Bellas Artes, que es uno de sus teatros; el otro es el María Guerrero— lleva el retórico título de «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga». Su autor es José María Rodríguez Méndez, del que sólo han llegado al público, de forma comercial, tres obras y alguna que otra más a través de las actuaciones de los grupos independientes. Su nombre suele ser relacionado con el de Martín Recuerda y también con los de Lluís Olmo y Carlos Miñán. A todos ellos juntos se le suele etiquetar como la «generación realista». Son procedimientos de información que orientan, pero que habría que matizar mucho. Más o menos, este grupo circula paralelamente a los grupos sociales — Celso, Elba de Otero, Mora, De Luis, Garcíasol—, a los novelistas del realismo crítico — García Hortelano, Juan J. Coytía, López Salinas, Andrés Greco— y los artistas plásticos de «Estampa popular» — Zamoraño, Álvarez, Delgado, Ortega. A todos ellos, y con alguna desviación ideológica, les inhere un sentido social y a veces político de su tarea. Denuncia, protesta y acometividad parecen resumir su actitud.

«Bodas que fueron...» acusa la estética del crispado berismo que su autor había mostrado en «Historia de unos cuantos», una de sus obras piezas representadas y la última que pudimos ver en Madrid. Esa estética comienza por ser un tipo de adorno que se excede — lo excesivo, como se verá, resulta ser la base misma del disparadero dramático de Rodríguez Méndez — y se acentúa en el populismo. En esto su vía expresiva precede del sainete arrichesco. Pero como también se nutre de las bases populares, elogia hacia el miserable y, por aquí, si los pinceles no se han enardecido todavía, se aproxima al toque zuloguesco; si, por el contrario, aquellos se han mojado en ácido corrosivo y, a la vez, en un cierto y difícil humor llamado sarcasmo, entonces Rodríguez Méndez logra un resultado espléndido: el sainete ensombreado, turbio de miseria y líquido de hambre, con el asperpeno, es decir, un producto de indudable interés y validez dramática, autónoma y efectividad escénica. Por ahí, en la parte de su producción que se conoce, tan poca, se encuentra el mejor Rodríguez Méndez, aunque en su tendencia por lo excesivo — el grito desgarrado, el aspavento repetido, el llanto como zarzaposo —, llegue al campovestido de un Borgeo Noel, por ejemplo, escritor extraordinario, pero al que no hay que seguir nunca. El teatro de nuestro autor no hace de una teorización clara, sino que se inscribe en lo instintivo y sentimental arrimado siempre a la situación injuriada de las cosas más bajas del p. J. Su teatro, pues, brota como un chorro de sangre, como una pasión incoercible, ardiente, romántica y libertaria. Aquí no cabe la especulación y todo

es narración temperamental y descriptiva arrebatada. Su propósito más directo es el de provocar la más inmediata y clara identificación con la realidad social más desprovista y rasgar las conciencias con un mensaje de rebeldía solidaria.

En el caso de «Bodas que fueron...», yo creo que Rodríguez Méndez no se aparta en ningún momento de la corriente que acaba de trazar tan a grandes rasgos. Esta corriente, como he dicho, estaba ya en «Historia de unos cuantos». Pero existen también en las «Bodas...» una misma manera de plantear el tema, y ésta es la de establecer una serie de cuadros a través de los cuales se plantea la línea argumental, pero sin que llegue a establecerse de una manera continua, sino que es fragmentada, como un film al cual le faltaran fotogramas. Esta manera de hacer desoculta un tanto las cosas y hace que la pasión desencadenada y visceral que proyecta establezca en escena quede neutralizada. La acción no llega a tensarse y, por el contrario, se desmaya y muere

veces y lo que queda para el espectador es el cuadro barriobajero y popular, de chunga triste o de tristeza chungada, pero sin la eficacia auténticamente dramática, verdaderamente poética, que vertebraría y estructuraría el cuerpo de un drama.

Con un texto repleto de puñales, como es el de Rodríguez Méndez, pero tan esquemático y desprovisto de interna carteridad, el gran José Luis Gómez — ¡aquí el «Arthur Ull»! — ha tenido que trabajar como director, muy tenazmente. Primero, ha tenido que llevar, a través del escenógrafo Cyrtnowski, el realismo del texto a sus últimas consecuencias. Un realismo no sólo monumental por su tamaño, sino, y de qué modo, por su materialización. Ese realismo, de tanta impopularidad física, ha sido después tratado, en cuanto a la dirección de actores, al ritmo escénico y, digamos, a la colocación de la representación, con tintes emortiguadores, algo de suavizante, donde era posible, para evitar la desmadración imposible de compensar. José Luis Gómez creo que acertó haciendo lo que hizo y, con él, creo que acertaron, el escenógrafo, y poniendo todas sus cualidades y recursos y toda su disciplina, los actores, entre los que hay que nombrar por su importancia a Encarna Paso, José Lofalo, Fidel Almansa, Vicky Lagos, Manolo Alexandre y Antonio Franco. En el aire del desastre colonial del 88, ellos suponen el pueblo de todos los desastres. «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» quedó así tratado, en cuanto a dirección por su aliento y sus propuestas y por su enorme raíz social de teatro castizo.

«DRACULA», EN HUMOR

(COMEDIA)

MADRID, 30 (INFORMACIONES, F. C.).

Una rata con Drácula, en la novela, en el cine o en el teatro, no es rata perdida. Y va no digamos si se le viste de humor. Desdeñada es el terror en forma de vampiro, pero es un terror que tiene su encanto. Y este encanto es el de un clásico que debe conocerse a su debido tiempo para saber apreciarlo más tarde. En el caso que nos ocupa, Drácula discute por la comedia. Entonces, aquí tenemos una versión para mayores, puesto que los jóvenes deben conocer primero la otra, la de los pelos de punta, pues sólo así se puede paladear el Drácula de la risa. Primero, el miedo; después, el humor, que es cosa de hombres.

La versión del célebre libro de Bram Stoker, que ahora se ofrece en la Comedia, procede de Nueva York. Bueno, la versión se debe a Hamilton Deane y John L. Belderston, que se ajustaron, como una media a un muslo, al negri-

mo tinte de la creación stokeriana. Pero esa pieza teatral fue a parar a manos de Frank Lange, Dennis Rosa y Edward Corey y se transformó en un monumento de hilaridad. Aquí la ha tratado Greg Keyne — un director técnico que trabajó en ella — y nuestros compañeros Aspillueña, Artache e Ibáñez, quienes les han dado los últimos toques. La dirección del espectáculo corre a cargo de Aspillueña y Keyne.

Risa con Drácula, a favor de Drácula y contra Drácula. Todo en clase americana, lo que va en provecho de mayor comodidad de la pieza. Terror a mandibula batiente. El público le pasa tan góvivamente y también los críticos. José Luis Pellicena, Narciso Ibáñez Menta, Jaime Blanch, Nicolás Dueñas, Mari Carmen Yeyes, Cristina Galbó, Pedro Sempson y Fernando Valverde son los comediantes de este espectáculo tan teatral, tan divertido, tan bien estudiado y realizado.

RELOJERIAS Santos JOYERIAS

Para clientes que quieran invertir, gran surtido en relojería, joyería y platería

Precios muy interesantes

Garantizamos calidad en cualquier artículo

Postas, 21 • Montera, 24 • Mayor, 6 MADRID

PROGRAMAS TV.

H O Y

PRIMERA CADENA

- 14.01. AVANCE TELEDIARIO (color).
- 14.05. PROGRAMA REGIONAL SIMULTANEO. (Informativo 1x color).
- 14.30. GENTE HOY (color).
- 15.00. TELEDIARIO. Primera edición (color).
- 15.35. INFORMATIVO SOBRE LA CONSTITUCION (color).
- 15.45. BAICES. «Brevicesca y Laguardia». En el primer punto geográfico se recoge un viejo juego que ha venido manteniendo en las mesas populares desde tiempo inmemorial: «la taba». Y en Laguardia, las farzas propias en los escamoteos naturales del pueblo (color).
- 16.30. NOVELA. «Padres e hijos», de Iván Turgeniév. Capítulo IV.
- 19.01. AVANCE TELEDIARIO (color).
- 19.05. UN GLOBO, DOS GLOBO, TRES GLOBO. Dibujos animados.
- 19.30. BALONCESTO. Desde el Pabellón Deportivo del Real Madrid, retransmisión en directo del encuentro, correspondiente a la Copa de Europa de baloncesto, entre el Real Madrid y el Horvát de Budapest.
- 21.00. PROGRAMA INFORMATIVO. TELEDIARIO. Segunda edición (color).
- 22.05. SESION DE NOCHE. «El menajero». Dirección: Joseph Losey. Intérpretes: Jean Christia, Alan Bates, Michael Redgrave, Margaret Leighton y Edward Fox. A la lujosa mansión cámpestre de lord Mandley llega, invitado a pasar sus vacaciones de verano, un muchacho, Leo — compañero de colegio del hijo del dueño de la casa —. Leo es un chiquillo extraño, que dice poseer poderes mágicos. Sin embargo, en estos días de agosto se dedica a algo más sencillo: a servir de correo secreto de los amores entre Marian, hija del lord, y un humilde granjero. Año de producción: 1971.
- 23.30. ULTIMAS NOTICIAS (color).

SEGUNDA CADENA

- 19.31. POLIDEPORTIVO (color).
- 20.00. REDACCION DE NOCHE (color).
- 20.30. TEATRO ESTUDIO. «Tierra baja», de Angel Guimerá. Realización: Sergio Schaaff. Intérpretes: Agustín González, Angeles Mol, Nicolás Dueñas, Aurora García, Dora Santacrú, Magni Mirá, Carlos Lucena, Fernando Ulloa, Luis Fenton, César Ojanga y Carlos Tejedor. Sebastián, el despojado amo de tierras, manías, rehatos y voluntades de aquel lugar de la «tierra baja» recogió, hace ya bastantes años, una pareja de vagabundos. Un hombre y una niña, al su hija llamada María, con grandes ideas del molino de su propiedad. Apenas llegada a su mocedad, María — cuyo supuesto padre ya había muerto — fue seducida por Sebastián, quien sigue sintiendo por ella una fuerte pasión. Sebastián, con el fin de rehacer su maltrecha hacienda, ha concertado su matrimonio con una rica heredera de una comarca próxima, pero cuyo padre ha exigido como condición previa a los desposorios la definitiva ruptura de las relaciones de Sebastián con María.
- 22.30. TRIBUNA DE LA CULTURA. Grandes temas culturales, tratados monográficamente en debates, en estudio o a través de documentales filmados.

MAÑANA

PRIMERA CADENA

- 14.02. AVANCE TELEDIARIO (color).
- 14.05. PROGRAMA REGIONAL SIMULTANEO. (Informativo 1x color).
- 14.30. GENTE HOY (color).
- 15.00. TELEDIARIO. Primera edición (color).
- 15.35. INFORMATIVO SOBRE LA CONSTITUCION (color).
- 15.45. LOS ESPERADOS. «Magazines» sobre la cinematografía y la escena (color).
- 16.20. NOVELA. «Padres e hijos», de Iván Turgeniév. Capítulo V.
- 19.01. AVANCE TELEDIARIO (color).
- 19.05. UN GLOBO, DOS GLOBO, TRES GLOBO. «Protagonista, ndr: «recluta con niños». Dirección: Pedro L. Ramirez. Intérpretes: José Luis Ozores, Miguel Ángel Gil, Encarnita Fuentes, Manolo Morán. Dos hermanos, uno en edad militar y el otro de corta edad, quedan huérfanos. El mayor es llamado a filas y se le plantea el problema de no encontrar con quién dejar al pequeño. Año de producción: 1965.
- 20.30. EL MUNDO EN GUERRA. «Japan». Nada más comenzó la guerra, la mentalidad del pueblo japonés intentó volver a sus propias tradiciones. La juventud fue enseñada a imitar el código martial de los samurais, mientras las mujeres trabajaban largas horas fuera de casa con el fin de mantener la industria de guerra.
- 21.30. TELEDIARIO. Segunda edición (color).
- 22.05. CANTARES (color).
- 23.00. UN HOMBRE EN CASA. «Uno más en casa». Ante la subida del alquiler de la vivienda anunciada por el señor Roper, Robin y sus dos compañeros intentan una solución, para no ver mermadas sus endebles economías. Llegan a la conclusión de buscar un nuevo compañero (color).
- 23.30. ULTIMAS NOTICIAS (color).

SEGUNDA CADENA

- 19.31. POLIDEPORTIVO (color).
- 20.00. REDACCION DE NOCHE (color).
- 20.30. CINE-CLUB. Ciclo «Melodías de Broadway». «Melodías de Broadway». Dirección: Harry Beaumont. Intérpretes: Charles Quig, Anita Page y Bessie Love. En el teatro Zandoff, de Broadway, se ensaya una nueva revista. Eddie, autor de canciones y muy vinculado al Zandoff, patrocina a dos hermanas — las Mahoney —, a las que pretende lanzar al estrellato. La competencia escénica irá paralela al problema amoroso de las dos muchachas. Año de producción: 1928.
- 22.30. OPINION PUBLICA.

«Television Española no facilita información sobre los programas en color, de ahí que los señalados que nuestros señores únicamente a modo indicativo, advertiendo, además, que son emitidos por sistema Pal.»

ESPECTACULOS

Crítica de teatro

EN EL BELLAS ARTES

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA»

Inició brillantemente sus actividades el Centro Dramático Nacional



Aurora Pastor, José Bódalo, Fidel Almansa, Enrique Vivó, Concha Hidalgo y Angela Rosal

Cuando el último telón cayó sobre la escena del teatro Bellas Artes, el ministro de Cultura, que había seguido la representación desde una de las primeras filas, se puso en pie para aplaudir el brillante triunfo del Centro Dramático Nacional. Muchos espectadores se volvieron hacia él para aplaudirle también y fueron numerosos los que le felicitaron, como protagonista importante del gran éxito.

Porque una cosa hay que poner de manifiesto inicialmente, prescindiendo de todo juicio subjetivo: el Centro Dramático ha sabido arrancar —bajo la experimentada dirección de Adolfo Marsillach— con fuerza y con brío. Ese es el primer gran éxito: no se podía empezar con tanteos balbucientes; había que pegar fuerte y así se ha hecho. La segunda baza importante, que hay que apuntar también como factor destacado del éxito, es la seguridad, la perfección, el dominio. El Centro ha tardado en iniciar sus actividades; se ha tomado su tiempo preparatorio. Pero bien claro quedó en la noche del estreno, que todo ese tiempo estaba justificado: se ha hecho un esfuerzo tremendo en el montaje de esta primera obra y se ha logrado su representación sin un fallo, sin un error que oponerle, en los aspectos técnicos y artístico.

Se podrá discrepar, luego, en torno a la calidad de la obra —para nosotros, excelente— o a la oportunidad de este salto atrás hacia un teatro eminentemente realista, cuando todo parece orientarse hacia ensayos de vanguardia.

En nuestra opinión ha sido también un acierto la elección de un autor español contemporáneo, José María Rodríguez Méndez —hasta ahora marginado y reducido a apariciones esporádicas y limitadas—, que demuestra estar en posesión de un enorme aliento dramático, de un singular dominio de la construcción escénica y de una capacidad creadora que no se arredra ante las dificultades.

Se señala su entronque con el mundo barroco y eso nos parece un evidente elogio: que un autor todavía joven —Rodríguez Méndez nació en 1925 y tiene en su haber una extensa obra teatral y novelística— sea capaz de darle a nuestra escena aquel vigor expresivo, aquella sensación de vida auténtica que consiguieron en sus creaciones Baroja o Galdós, Goya, Valle-Inclán o Solana, constituye un merecido elogio.

La obra de Rodríguez Méndez, elegida para esta inlección de actividades del Centro Dramático Nacional, es todo un retablo alucinante, un espectáculo colectivo, cuyo protagonista es un sector miserable del pueblo español, en una época triste de nuestra historia: el desastre de 1898. Por la escena pasan las gracias y las desgracias de unos tipos bien definidos: el Pingajo, un héroe anónimo de la guerra de Cuba —la estatua de Cascorro, al fondo, es un símbolo permanente y expresivo— borrachín y pobre hombre; el «Petate», un campechano temperamental, dispuesto a todo, incluso al delito, para salir aunque sólo sea momentáneamente de su pobreza harapienta; el «Salamanca», un raterillo de manos ágiles, y la

La escena al día

BUERO VALLEJO, FUERA DE PELIGRO.—El pasado martes, como consignamos en «Última hora» de nuestro diario, fue operado el ilustre autor y académico de una delicada afección renal, de la que se recupera felizmente.

DESDE JERUSALEN.—Nuria Espert nos notifica su próxima reaparición, tras larga ausencia de nuestros escenarios, al frente de un espectáculo dramático.

PREMIO.—El Grupo Teatro Aguilar convoca el V Concurso Aguilar de obras teatrales inéditas en castellano. El concurso, abierto el pasado día 15, quedará cerrado el 1 de marzo, debiendo ser dirigidas las obras a dicho grupo, calle de Juan Bravo, 36.

«JUGUEMOS AL TEATRO».—Es una serie de historias y cuentos teatralizados que se representan en la sala Cadarso los domingos, hasta el próximo, a las doce de la mañana. También en dicha sala Teatro La Jincacha ofrece su teatro infantil, de mérito indudable.

ALFONSO PASO.—Desde hace tiempo se reciben cartas en Stéfanis solicitando un homenaje en memoria del comediógrafo desaparecido, teniendo en cuenta la circunstancia de que en dicho local se representa en la actualidad una obra de dicho autor desde hace un año.—A. L.

Carmela, esposa del «Petate» y mujer de armas tomar... Pero estos cuatro protagonistas centrales son el pretexto para situar una acción simple —las bodas que iban a ser asonadas— como eje del abigarrado conjunto que gira, incesantemente, en derredor. Porque el verdadero protagonista del drama es el pueblo harribojero de los madriles, gentes «extraídas de la informe masa de la mediocridad humana» que viven, como pueden, en garitos inmundos, en el viejo Madrid de calles putrefactas, por las que corren aguas de todo tipo de vertederos. Un mundo cambiante que deja claramente reflejado, en sus saltos de la algaraza a la desgana, en su pasividad, en su dramática resignación, todo el tremendo clima de una España hundida, rota y sin esperanzas.

A través de ese retablo viviente, tan reducido y limitado en el espacio de una harriada, se refleja y se intuye el entorno que ignora el abandono despiadado e injusto de los marginados, toda una etapa negra de los momentos más dolorosos de nuestra historia reciente...

Es ahí donde se encierra el mensaje —que lo tiene y hondo— de la obra de Rodríguez Méndez: porque no hay pasado que no pueda superponerse al presente, para extraer lecciones y consecuencias. Y esos bajos fondos madrileños —que Baroja y Galdós pintaron con mano maestra, como ahora lo hace también José María Rodríguez— están todavía vivos, a un paso de la Puerta del Sol, sumidos muchos en el mismo clima de abandono y de desesperanza. De ahí la actualidad válida de estas «Bodas famosas» y dramáticas, tan brillantemente presentadas.

El futuro creador del autor, ha tenido el complemento de una realización irrepro-

Estreno de «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga»

Han comenzado las primeras actuaciones del Centro Dramático Nacional, en el Bellas Artes. Dentro de pocos días comenzarán en el María Guerrero. En el Bellas Artes se han iniciado las representaciones con el estreno de «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de Rodríguez Méndez. Y lo primero que quiero subrayar es, como labor artística y teatral, la admirable creación escénica de José Luis Gómez. Sin un estudio tan profundo y serio, no hubiera sido posible encontrar un ambiente, un clima, una serie de sugerencias que apenas asoman en el texto. Tal espectáculo dramático nos ofrece el panorama desolador de la España del 98. Una España vencida por los cuatro costados. Fue la España de la que surgió un grupo de escritores de primer orden que vivieron su dolor unidos en un sentimiento de derrota y esperanza. Su crítica, a fuerza de sincera, no fue negativa como algunos creyeron. Esa fue la suerte y la desgracia de aquella generación llamada del 98: Unamuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán... Y de aquel desastre, una literatura hondamente culta y popular, apasionada y llena de dolorido sentir, por tanta incompetencia y abandono.

Insisto en la magnífica labor de José Luis Gómez. Un estudio, que aun tratándose de conjunto, en el que apenas hay personajes que sobresalgan dramáticamente en razón de un texto más amplio, cada uno de estos personajes no ha sido dirigido como un conjunto «zarzuelero», sino vistos uno por uno en lo que tienen de alma dramática. Esto es lo más difícil de esta labor de la que se nos ofrece una magnífica ambientación total, así en lo físico como en lo espiritual. Cada personaje, aun contando con un texto muy esquemático, está realizado escénicamente

de una manera individual; a cada uno le da su alma y su angustia, y a todos los envuelve en un ambiente de desastre y de injusticia. ¡Una labor espléndida!

La obra está trazada de una manera muy esquemática. Es una obra que se desenvuelve entre lo popular y una expresión barrojana, sin que alcance la grandeza y la autenticidad dialéctica de «El horroroso crimen de Peñaranda del Campo», ni de «La busca». Pongo por magistrales ejemplos del maestro Baroja. Ya he dicho que la obra en su texto es elemental y viene a ser como un guión de andanzas y desventuras para crear un clima de derrota. De ahí la importancia de una dirección y ambientación como la realizada por José Luis Gómez, con la colaboración escenográfica de Carlos Citrinowski, cuyo espacio escénico contribuye a la creación de ese clima siniestro. Lástima que al texto le faltan algunos momentos más vivos en su expresividad dialéctica y dramática. No obstante, mantiene una dignidad crítica-social.

Todo el conjunto interpretativo responde a lo que ya hemos indicado. Vale lo que el propio director nos dice en cuanto a su trabajo: «Ha buscado las imágenes posibles, no sólo las que sugiere, sino también las que omite y las que esconde.» Y aquí los nombres de José Bódalo, muy bien en su personaje difícil, más difícil aún por falta de apoyaturas dialécticas. Y la gran actriz Encarna Paso, llena de desgarró y autenticidad en todas sus magníficas intervenciones. Y Fidel Almansa, en El Pingajo, al que da su más natural y desgarrado dramatismo. Por su parte, Vicky Lagos pone desvergüenza y farsa en su personaje, con estupenda comprensión. Muy bien José Caride en sus papeles, a los que da natural personalidad.

cambio 16

10 de diciembre de 1978 • n.º 366 • 60 ptas.

Cultura

Teatro: «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga»

Reales nupcias

El melodrama de los «bajos fondos»

Una esquina del Madrid roñoso y lumpen de finales de siglo y una fauna de personajes tragicómicos, casi robados de un sainete o de alguna novela de Baroja, protagonizan las *Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga*, una reflexión entre melodramática y costumbrista de la vida del pueblo llano tras la pérdida de Cuba.

Con esta obra ha iniciado sus actividades públicas el Centro Dramático Nacional, una institución dirigida por Adolfo Marsillach que sustituye a los fenecidos Teatros Nacionales y que pretende alimentar un teatro, financiado por el Estado, más acorde con el país actual.

El autor de estas *Bodas* es José María Rodríguez Méndez, quien hace veinte años formó parte, con Alfonso Sastre, Carlos Muñoz, Lauro Olmo y otros, de la llamada «generación realista» con un teatro social, frecuentemente de denuncia, que contó siempre con los rigores de la censura franquista y el desdén de casi todos los empresarios teatrales. Rodríguez Méndez, el menos estrenado de todos ellos, centra en las *Bodas* su preocupación básica: denunciar, a través de la vida cotidiana de los marginados, la injusticia del sistema social.



Un desbordante juego de actores y una cuidada dirección

Esta obra, declarada y radicalmente realista, ha sido puesta en manos de un director -José Luis Gómez- que tiene el realismo como la base de todo trabajo riguroso de interpretación. La dirección de actores de las *Bodas*, cuidada y sistemática, está muy por encima de lo habitual en los teatros españoles.

Estas *Bodas* son las del Pingajo, un

soldado repatriado de la «manigua» cubana, y la Fandanga, la hija adolescente de un viejo carterista madrileño. Con el casamiento, urdido por el viejo, éste pretende asegurarse la colaboración del soldado, que es un verdadero artista con las manos, en el atraco de un casino. La boda se celebra, pero los delincuentes son descubiertos en medio del banquete nupcial. La obra finaliza con el fusilamiento del soldado ante los ojos de su joven prometida.

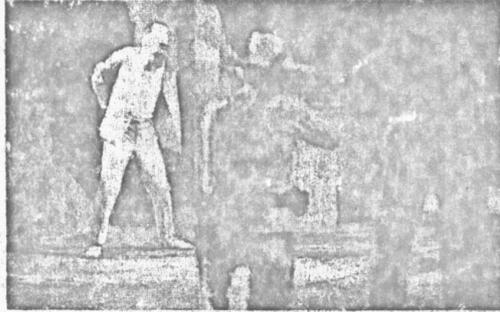
El escenógrafo argentino Carlos Cytrnowski ha puesto sobre el escenario un trozo de barrio de Madrid que es, al mismo tiempo, todos los barrios, pues en él se desarrollan todas las escenas, aun cuando ocurran en lugares diferentes. El montaje es costoso y el espectador, acostumbrado a la pobreza de medios y a los habituales fallos técnicos, agradece visiblemente que el cuidado por hacer una puesta en escena naturalista alcance también a los detalles aparentemente secundarios.

Aunque en el primer acto hay muchos tiempos muertos de escasa intensidad dramática, las *Bodas* acaban en un desbordante juego de actores -no menos de quince hay a la vez sobre las tablas- bajo una luz que no es sólo descriptiva, acompañante de la acción, sino protagonista, expresiva, con contenido propio. Y lo que al principio parece sólo una comedia costumbrista se convierte en un auténtico y veraz melodrama sobre la marginación. ■

ALBERTO FERNÁNDEZ TORRES

nueva
ANDALUCIA
 comunicación entre los hombres del sur
 SEVILLA, lunes 30 de abril de 1979. Precio: 20 pesetas Director: JAVIER SMITH

M 29



ANTECRITICA

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA»

Más de diez años, desde 1966, en que fue escrita, permaneció esta obra en el brecho de la clandestinidad, hasta que el 21 de noviembre del año pasado, el Centro Dramático Nacional la estrenó en el Teatro Bellas Artes de Madrid, bajo la rica y competente dirección de José Luis Gómez. Anteriormente, en el verano de 1976, esta obra formó parte de la campaña que en el Teatro Griego de Barcelona organizó la Asamblea de Actores y Directores de Teatro de Cataluña. Asimismo de esta obra se han hecho importantes estudios críticos por parte de profesores y estudiosos extranjeros, fundamentalmente en Estados Unidos.

Se trata de un intento de teatro popular en sus dos vertientes. Formalmente como espectáculo realista dividido en diversas estampas con lenguaje directo, recogido de giros y modismos populares urbanos de la época en que la acción transcurre, con estilo de sainete esperpéntico mezclado con tonos de melodrama sentimental y connotaciones subculturales; conceptualmente, como exposición ideológica de los avatares del pueblo marginal de los años madrileños en la trágica época de pérdida colonial y la bancarrota de 1898.

La leve línea argumental, inspirada en una canción popular de la villa de Madrid, me ha servido para mostrar lo que a lo largo de toda mi obra dramática he pretendido siempre. A saber, que el pueblo bajo sea protagonista de la historia. En este caso, la historia de las bodas del soldadito español El Pingajo/ y su desgraciada novia, barriobajera (La Fandanga) me sirve para demostrar una vez más como la juventud fue siempre abofeteada y escupida hasta desaparecer bajo el sagrado mausoleo de la Historia con mayúsculas, a la que nunca tuvieron acceso los que con mayor sacrificio la soportaron. A esta juventud involuntariamente sacrificada invocó en esta obra, como la invoqué en anteriores obras, «Bagones de Madera» y «Los inocentes de la Moncloa» por poner dos ejemplos remotos.

El Centro Dramático Nacional que dirige Adolfo Marsillach hace un gran alarde de medios y estilos al presentar esta obra, interpretada, a mi juicio, magistralmente por el largo elenco de actores y actrices. Cuando se trata de teatro popular el público es el supremo juez. Yo desearía que el público sevillano lo aceptara con la generosidad y entrega con que lo hicieron otros públicos.

JOSE MARIA RODRIGUEZ MENDEZ

TEATRO

ESPECTACULOS

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA»

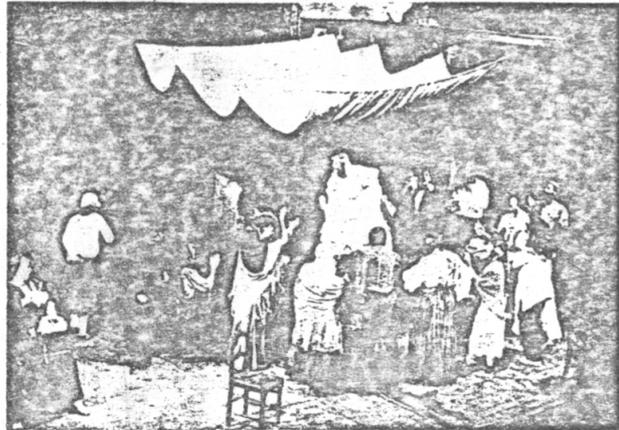
Autor José María Rodríguez Méndez. Principales intérpretes: Fidel Almansa, Manolo Andrés, José Caride, Antonio Iranzo, Vicky Lagos, Aurora Pastor, Asunción Sancho, Enrique Vivó, etc. Maquinistas de la compañía: Antonio Bagües y Francisco González. Realización escenográfica: Mariano López. Escenografía, vestuario e iluminación: Carlos Cytrynowski. Producción: Centro Dramático Nacional (dirigido por Adolfo Marsillach). Dirección: José Luis Gómez. Presentación en Sevilla: Teatro Nacional Lope de Vega, 4-6-79.

El onubense José Luis Gómez, pequeño de estatura, pero gigantesco de talento, ha pintado un monumental fresco en cuatro dimensiones (las tres del volumen escénico y la cuarta del tiempo) con los personajes elevados a símbolos nacionales, de un alucinante retablo, entre guñolesco y esperpéntico, escrito por Rodríguez Méndez sobre viejas coplas, testimoniando cómo se puede y se debe poner en pie un texto dramático.

En el libro se cuenta una anécdota argumental vivida por unos personajes tremendamente humanos, degradados a la condición de hampones por obra y desgracia de unas estructuras sociales y tratadas por el autor con un realismo fotográfico que

hace quebrar las fronteras entre el sainete y el esperpento, demostrando la reversibilidad del fanteche y el ser humano y viceversa, como elementos dramáticos, para exponer una realidad histórica de permanente vigencia.

Con ese texto, con una treintena de intérpretes y con un escenógrafo excepcional, como es el argentino Cytrynowski, José Luis Gómez ha creado un mundo de primerísima categoría artística, aportando al teatro la agilidad cinematográfica: versatilidad del espacio escénico, movimiento de masas (72 personajes), un ritmo que convierte a las escenas en secuencias y un alarde luminotécnico que permite presentar en un escenario



desde planos generales hasta primeros planos, todo ello sin detrimento de la esencia dramática, sin dejar de ser cien por cien teatro.

Académicamente habría que conceder la máxima calificación de sobresaliente al Centro Dramático Nacional por la elección de la obra; al director, por el montaje y, sobre todo, por la irreprochable dirección de actores; al escenógrafo y su equipo, por su excepcional labor; a todos los intérpretes y hasta al personal de escenario, tanto de la compañía como del

Teatro Lope de Vega, por el alto ejemplo de profesionalidad. Entre todos, desde el director hasta los maquinistas, han hecho una obra de arte.

El público no sale de su asombro durante las dos horas de representación; y, en consecuencia, la ovación final se extingue por cansancio físico de las manos. Quien se pierda este espectáculo no tendrá derecho a quejarse de que en Sevilla no se ofrezca buen teatro. Ahí está: más calidad y menos precio que el cine.

MARTINEZ VELASCO

ID: 1150013 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga' (José María Rodríguez Méndez). Nueva Andalucía (Madrid) 10/5/1979.

nueva ANDALUCIA

comunicación entre los hombres del sur
SEVILLA, jueves 10 de mayo de 1979. Precio: 20 pesetas Director: JAVIER SMITH

ESPECTACULOS

CRITICA TEATRAL

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» (José María Rodríguez Méndez)

Centro Dramático Nacional. Dirección: José Luis Gómez. Escenografía, vestuario e iluminación: Carlos Litvinovski. Adjunto a la dirección: Emilio Hernández. Principales intérpretes: Fidel Almansa, José Caride, Cesáreo Estevánez, Teresa Guayda, Antonio Iranzo, Vicky Lagos, Concha Indaño, Aurora Pastor, Asunción Sancho, Enrique Vívó...

Pocas veces tenemos, hemos tenido o tendremos la oportunidad de contemplar una puesta en escena tan prodigiosa como la que presenta esta Compañía del Centro Dramático Nacional, que dirige Adolfo Marsillach, con la obra «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», bajo la

dirección de José Luis Gómez. Prodigiosamente efectiva — que no efectista — es el calificativo que podemos apuntar. Las grandes posibilidades económicas del Centro Dramático, el gasto abierto a las necesidades del montaje y no al contrario, como sucede en el teatro español habitualmente, se dejan sentir. Compañías amplias, que palián el paro del sector, que aún necesitan doblar papeles, cosa que hacen con perfecta conjunción, notándose bien poco a los actores que están involucrados en más de un personaje.

La obra presenta un lumpen de finales del siglo XIX en Madrid. Personajes irredentos por una sociedad, una España caída en Cuba, desbaratada, negra, os-

cura, entre el esperpento, la miseria y la delincuencia. José Luis Gómez monta a los personajes con una extraordinaria soltura, ejemplo de trabajo de grupo en las acciones comunes, perfectos en los momentos individuales de un cuidado y bien elegido elenco homogéneo y profesional.

La boca del escenario la abre al máximo en altura y anchura, dándonos más presencia entre el público de las acciones y logrando que el público se encuentre más próximo a los actuantes, que prenden así en los espectadores de principio a fin.

Los elementos efectivos, logrados con medios e ingenio; la grandiosa escenografía, el aprovechamiento de la

luz como elemento dramático, tienen un apoyo excepcional, pocas veces tan bien usado como es el sonido. Una especie de banda sonora acompaña a la obra, con pájaros, lluvias, campanas, ruidos de calle, junto a frases, palabras, sonidos, entremezclados por los actores. Los grados de verosimilitud y de participación del público en la acción llegan de esta forma al máximo.

La obra rehuye el costumbrismo en que pudo caer en cualquier momento. Es un mosaico de una España en caída desgraciada, con unos personajes marginados y una historia en torno al cerrado espacio social donde se desenvuelven y del cual no pueden salir.

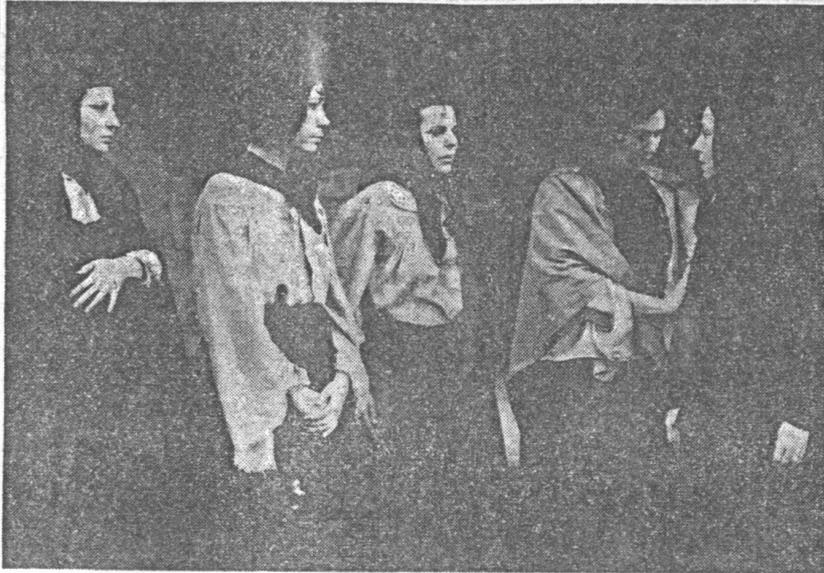
F. M.

29 IV 79

Teatro

677

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y La Fandanga» y el buen montaje del Centro Dramático Nacional



Un momento de la representación de la obra «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de J. M. Rodríguez Méndez, estrenada el pasado viernes en el Teatro Gayarre.

Si la pérdida de las colonias españolas en Latinoamérica fue acogida a principios del XIX con bastante indiferencia, la aparición de un movimiento de liberación en Cuba levantó una intransigente oposición en el gobierno. Como consecuencia de las medidas adoptadas le llegaron al pueblo llano coletazos trágicos; los hijos tenían que ir a ultramar, la carestía, las dificultades imprevistas para ir viviendo... La España de entonces era brillante por fuera: elucubraciones parlamentarias, festejos taurinos, obras públicas, pretendida europeización de Madrid etc. y como contrapartida: el desastre colonial, el hundimiento definitivo de los retazos imperiales, soldados repatriados y el hambre progresivo en la clase marginada que, perdida toda confianza en los gobernantes, se entregaba al vino, a la juerga, a la bronca y a los toros. La desmoralización, el eclecticismo y la apatía se habían apoderado del país y ante ellas claman los noventa y ocho fieles a la idea de regenerar el país. En este Madrid de 1898, definido por Valle-Inclán como «brillante y

hambriento», el marco y el contexto de la obra «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» de José María Rodríguez Méndez, estrenada el viernes por la noche en el Teatro Gayarre por el Centro Dramático Nacional con éxito de público.

«Bodas que fueron famosas...» (escrita en 1966), es la Verbená de la Paloma, sólo que desprovista de chulos y majas y con los ingredientes de Pingajos y Fandangas. Es una síntesis del género chico, zarzuela cómica, esperpento (mucho menos que sainete)-melodrama folletinesco y literatura de cordel en la que no es difícil rastrear influencias de Ricardo de la Vega, el costumbrismo, mundo galdosiano y en menor medida el Baroja de la lucha por la vida.

La obra es una recreación realista de un Madrid barrio-bajero finisecular, desintelectualizada, sin pretensiones retóricas ni didácticas alguno cuya leve línea argumental, unitaria, se centra en la historia de las bodas de un soldado-

to de traje rayado, atracador por motivos del corazón (el Pingajo) y de su desgraciada y catorceañera novia (La Fandanga). Sobre una base sociológico-histórica, su temática apunta al hecho de poner al descubierto la ternura y crueldad de un mundo de marginados, encarnado en unos personajes tipos, víctimas todos, en los que no bucea su autor. El despojo de los personajes de buena parte de su dimensión sentimental hace que sus intereses, sus reacciones y su humor salgan a la superficie en menoscabo de toda profundidad interna que contribuye a crear una atmósfera llena de colorido, gracia, alegría y dolor al mismo tiempo.

La ambientación realista-costumbrista, viene dada a través de una serie de recursos escénicos como voces entre bastidores, sonidos especiales, música, juegos de luces, decorados de barrio urbano, escenas de baile intercaladas en la acción, vestuario, etc., recursos todos ellos que se relacionan íntimamente con los personajes, asunto y tema de la obra. La

estructura, vertebrada en torno a la explicación, nudo y desenlace, se corresponde igualmente con una acción, equilibrada aunque algo lenta, sostenida por un diálogo movido. Escrita más para los ojos que para el oído, el lenguaje de la obra es de frase corta y réplica pronta y los giros lingüísticos y la dicción tienden a configurar por sí mismos y un ambiente peculiar.

«Bodas que fueron famosas...» es un espectáculo serio. Sobre un escenario reducido para las exigencias del montaje, con un decorado de trazos realistas y una nómina amplia de actores, el Centro Dramático Nacional consigue crear auténticos aguafuertes con signos extraliterarios, históricos, ambientales, plásticos y musicales, perfectamente presentados y que arropan el texto dramático. El movimiento de actores, rígido y disciplinado, está bien sincronizado como bien dispuesto el fluido de la luminotécnica. El vestuario por su parte, cuidado y pintoresco, ayudó a proporcionar ese tono de unidad que presidió el espectáculo.

Sin embargo su temática la sentimos como trasnochada. El mundo de antihéroes presentado en la obra dista mucho del mundo de marginación de nuestros días y sin el vigor de un mensaje la obra queda en un fresco agradable. El realismo, como estética dramática consustancial en Rodríguez Méndez, tiene el sello de lo tradicional frente al vanguardismo de los autores «novísimos», más interesados en renovar el panorama teatral español por el camino de la sensibilidad. El excelente montaje, lleno de imágenes, dio buen tono a un estreno al que asistieron entre otros Jaime del Burgo, Presidente de la Diputación, Julián Báldez, Alcalde de la ciudad, junto con otros diputados y concejales. Igualmente asistió a la sesión inaugural el autor de la obra, José María Rodríguez Méndez quien saludó en compañía de los autores desde el escenario una vez finalizada la función.

Mariano GARCIA-ARZOZ

— DIARIO DE NAVARRA, DOMINGO, 29 DE ABRIL DE 1979

Teatro

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y La Fandanga» y el buen montaje del Centro Dramático Nacional



Un momento de la representación de la obra «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de J. M. Rodríguez Méndez, estrenada el pasado viernes en el Teatro Gayarre.

Si la pérdida de las colonias españolas en Latinoamérica fue acogida a principios del XIX con bastante indiferencia, la aparición de un movimiento de liberación en Cuba levantó una intransigente oposición en el gobierno. Como consecuencia de las medidas adoptadas le llegaron al pueblo llano coletazos trágicos: los hijos tenían que ir a ultramar, la carestía, las dificultades imprevistas para ir viviendo... La España de entonces era brillante por fuera: elocuencias parlamentarias, festejos taurinos, obras públicas, pretendida europeización de Madrid etc. y como contrapartida: el desastre colonial, el hundimiento definitivo de los reinos imperiales, soldados repatriados y el hambre progresivo en la clase marginada que, perdida toda confianza en los gobernantes, se entregaba al vino, a la juerga, a la bronca y a los toros. La desmoralización, el eclecticismo y la apatía se habían apoderado del país y ante ellas claman los noventa y ochos fieles a la idea de regenerar el país. En este Madrid de 1898, definido por Valle-Inclán como «brillante y

hambriento», el marco y el contexto de la obra «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» de José María Rodríguez Méndez, estrenada el viernes por la noche en el Teatro Gayarre por el Centro Dramático Nacional con éxito de público.

«Bodas que fueron famosas...» (escrita en 1966), es la Verbená de la Paloma, sólo que desprovista de chulos y majas y con los ingredientes de Pingajos y Fandangas. Es una síntesis del género chico, zarzuela cómica, esperpento (mucho menos que sainete)-melodrama folletinesco y literatura de cordel en la que no es difícil rastrear influencias de Ricardo de la Vega, el costumbrismo, mundo galdosiano y en menor medida el Baroja de la «lucha por la vida».

La obra es una recreación realista de un Madrid barriobajero finisecular, desintelectualizada, sin pretensiones retóricas ni didactismo alguno cuya leve línea argumental, unitaria, se centra en la historia de las bodas de un soldado

de traje rayado, atracador por motivos del corazón (el Pingajo) y de su desgraciada y catorceañera novia (La Fandanga). Sobre una base sociológico-histórica, su temática apunta al hecho de poner al descubierto la ternura y crueldad de un mundo de marginados, encarnado en unos personajes tipos, víctimas todos, en los que no bucea su autor. El despojo de los personajes de buena parte de su dimensión sentimental hace que sus intereses, sus reacciones y su humor salgan a la superficie en menoscabo de toda profundidad interna que contribuye a crear una atmósfera llena de colorido, gracia, alegría y dolor al mismo tiempo.

La ambientación realista-costumbrista, viene dada a través de una serie de recursos escénicos como voces entre bastidores, sonidos especiales, música, juegos de luces, decorados de barrio urbano, escenas de baile intercaladas en la acción, vestuario, etc..., recursos todos ellos que la relacionan íntimamente con los personajes, asunto y tema de la obra. La

estructura, vertebrada en torno a la explicación, nudo y desenlace, se corresponde igualmente con una acción, equilibrada aunque algo lenta, sostenida por un diálogo movido. Escrita más para los ojos que para el oído, el lenguaje de la obra es de frase corta y réplica pronta y los giros lingüísticos y la dicción tienden a configurar por sí mismos un ambiente peculiar.

«Bodas que fueron famosas...» es un espectáculo serio. Sobre un escenario reducido para las exigencias del montaje, con un decorado de trazos realistas y una nómina amplia de actores, el Centro Dramático Nacional consigue crear auténticos aguafuertes con signos extraliterarios, históricos, ambientales, plásticos y musicales, perfectamente presentados y que arrojan el texto dramático. El movimiento de actores, rígido y disciplinado, está bien sincronizado como bien dispuesto el fluido de la lumino-técnica. El vestuario por su parte, cuidado y pintoresco, ayudó a proporcionar ese tono de unidad que presidió el espectáculo.

Sin embargo su temática los sentimos como trasnochada. El mundo de antihéroes presentado en la obra dista mucho del mundo de marginación de nuestros días y sin el vigor de un mensaje la obra queda en un fresco agradable. El realismo, como estética dramática consustancial en Rodríguez Méndez, tiene el sello de lo tradicional frente al vanguardismo de los autores «novísimos», más interesados en renovar el panorama teatral español por el camino de la sensibilidad. El excelente montaje, lleno de imágenes, dio buen tono a un estreno al que asistieron entre otros Jaime del Burgo, Presidente de la Diputación, Julián Balduz, Alcalde de la ciudad, junto con otros diputados y concejales. Igualmente asistió a la sesión inaugural el autor de la obra, José María Rodríguez Méndez quien saludó en compañía de los autores desde el escenario una vez finalizada la función.

Mariano GARCIA-ARZOS

ID: 1148257 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga', de José María Rodríguez Méndez. Amanecer (Zaragoza) 25/3/1979.

Amanecer

TEATRO PRINCIPAL

"Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga", de José María Rodríguez Méndez

PREAMBULO

Nada mejor que aprovechar esta ocasión para que una voz, sin ufanía nacional, sea escuchada. Este preámbulo tiene este objeto: el hacer llegar a los oídos sordos las voces ciertas; el protestar, con preautonomismo de segunda clase, de que nuestros impuestos aragoneses —también extremeños, andaluces, gallegos, etc.—, no hayan servido para darnos un teatro nacional al uso madrileño en nuestras salas de provincias; de que durante esta última temporada sólo se nos haya ofrecido un espectáculo de auténtica calidad como cierre y justificación. No pasamos por esto, señores de la democracia centralista, porque a la vista está que se han gastado muchos millones para goce y disfrute de Madrid y de Barcelona, que al parecer tampoco es provincia, y aun ello con un repertorio más mercantil, por actual rentabilidad política, que artístico.

Hago constar, aprovechando esta mi voz que puede ser oída, mi agradecimiento a los grupos vocacionales aragoneses, que cinco días al mes han sabido darnos teatro con entusiasmo. También agradezco su presencia a las modestas formaciones que nos han llegado de Madrid. Pero, sobre todo, mi lamentación por la situación a la que nos ha hecho llegar el directorio que nos ofreció en su día una organización democrática del Teatro, casi un milagro, y que ha resultado ser el parto de los montes.

COMENTARIO CRITICO

Vamos con el espectáculo «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» de José María Rodríguez Méndez. Y me voy a referir a lo que vi y oí el viernes, en su sesión de tarde, ya que al comprobar la taquilla abierta mi juicio y comentario debe ser sobre lo que ocurrió en la conjunción de un juego escénico con un público que había pagado su entrada. Demos al lector, por el cual cobramos y dedicamos nuestras indudables éticas y amor al Teatro, lo que ocurrió en el Teatro Principal el día del estreno, aunque sea, perdón, con retraso. Como debe ser. Vi, vaya por delante, una estupenda escenografía de Carlos Czynowski, con evidentes aciertos de luz y no menos acierto en buscar el entretenimiento visual, que pese al gran número de figurantes, el cromatismo certeramente armonizado, evitaba la monotonía

que un descuidado empleo produce en el espectador. Una escenografía realista, a mi juicio, que con reverencia al teatro —que no sólo es espectáculo—, dejaba los suficientes espacios libres para que se movieran los personajes; vacíos escénicos que son la razón de ser de un arte que es, simplemente, así de sencillo, una pasión, unos intérpretes y un público, auxiliado todo esto si se quiere por todos los medios técnicos a nuestro alcance: escenografía, luz, música, etcétera; todo ello ayuda a la representación siempre que no sustituya lo fundamental. Esta edificación realista, sin enseñarnos, como es costumbre, una difícil ingeniería, quizá le pida al espectador excesiva rapidez mental para trasladarse con su emoción de lugar escénico cuando la situación dramática lo requiere. Quizá sea un acierto el conseguir que con unos trastos corpóreos inamovibles se desarrollen escenas en lugares diferentes sin que se resienta molesto el público; personalmente pienso que es un acierto de este hombre, José Luis Gómez, auténtico talento de lo que se nos ofreció y que recordaremos durante muchos años.

Porque lo cierto es que José Luis Gómez, el director de la pieza —¿su recreador?—, ha hecho de un texto poco consistente, de intencionada expresión, llamémosle histórica, con mediocre fábula incrustada, una dramaturgia a veces costumbrista, a veces con mucha ganga social, a veces, no las menos, política. Un acierto de colocación de los personajes, a los cuales, ni por un momento se les ha dejado llegar al «esperpento», deteniéndose muy justamente en una exacta y pura teatralización de los tipos. Tipos a los que robaba palabras para sazonar su arte con pausas muy bien empleadas, con sus puntos de contraste donde se roza, finamente, el eficaz melodrama, sin caer en el bajo efecto barato de tal hacer barato y nefasto.

No se me olvidará nunca la escena de las bodas, del banquete de bodas, sentados todos los personajes a una mesa con un estudiado sentido de la unión y empleo del color, de la voz, timbre, tono y volumen, y en su plástica de la mejor ley específicamente teatral, esto es, dinámica. No se me olvidarán los aciertos para disolver los grupos y llevar la atención del público a la escena siguiente, preciso para el drama. Evidentemente, pienso, que este fabuloso director —no escribo este calificativo a tontas y a locas—, tiene sus influencias en Erwin Piscator, el director comunista «del arte por la política». Me da lo mismo en este caso puesto que la política que se desprende del texto, esa anti-héroe, esa Espa-

ña irredenta, barojiana, está acariciada con su mente de poeta, de creador enamorado de su quehacer, del arte, en fin, sin caer en la trampa de la entrega absoluta a una idea.

Tengo que decir a Zaragoza, mi ciudad, que no se pierda este espectáculo. Y tengo que decir que se me hace muy difícil resaltar la labor de cualquier actor, puesto que todos han servido muy bien esta obra maestra de José Luis Gómez. Sin embargo, esos personajes «ruptura» del clima costumbrista que se desgarran para establecer contraste, preciso, exigente, tiene en esos momentos exigibles en la ciudad puesta en escena, momentos de grandes comediantes. Cito a Asunción Sancho, la actriz que todo lo sabe hacer y que me trae recuerdos imborrables de su historia artística. A Fidel Almansa, el Pingajo, que con un sólo paso en falso, puede convertir la representación en un falso grito melodramático, y «sabe» no darlo, que no es fácil. A Vicky Lagos, con el desparpajo preciso para no caer en la caricatura. Y a un actor que siempre me ha llamado la atención porque siempre le he visto «personajico» no «astro»: Antonio Iranzo.

Aplaudí como pocas veces hago. Una bella tarde en un bello Teatro. Tengo que dar las gracias a estas buenas gentes que me han hecho feliz, por lo menos una vez en el año. No al directorio, que me lo debía, porque lo prometió.

JOSE GIMENEZ AZNAR

Zaragoza, domingo 25 de marzo de 1979

hid-4

ID: 1148578 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga', de Rodríguez Méndez. El pensamiento navarro (Pamplona) 28/4/1979.

EL PENSAMIENTO NAVARRO

DIOS-PATRIA-REY

SABADO, 28 DE ABRIL DE 1979

Estrenos teatrales

«Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de José María Rodríguez Méndez

Ayer se estrenó en Pamplona la obra «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», de José María Rodríguez Méndez, bajo la dirección de José Luis Gómez. Los personajes están encarnados por actores del Centro Dramático Nacional, organismo dependiente del Ministerio de Cultura que dirige Adolfo Marsillach.

LA OBRA

El Pingajo es un personaje arquetipo, soldado venido de Cuba, de baja extracción. La Fandanga es una niña de catorce años a quien su padre promete en matrimonio «por la vicaría de los gatos» a raíz de una apuesta. Para que las bodas se puedan llevar a cabo «y sean famosas», el Pingajo, su suegro y otro amigo —«el Salamanca»—, deciden robar el Casino de Madrid.

Una delación hace que se presente la Guardia Civil junto con la Policía —error histórico— en el momento del convite. Más tarde, los protagonistas serán fusilados.

Esta sencilla trama da pie para mostrar la Historia de unos días de decadencia, desde la perspectiva de quienes la sufrieron con todas sus consecuencias. Varias pinceladas documentales —en tres ocasiones se lee un periódico, dando no-

ticias del General Weyler, Sagasta...— sirven para centrar perfectamente la época. El desastre de Cuba aparece como un esperpento —la comparación con Valle Inclán es obligada— glorioso donde «si no llega a ser por el yanki, todo se habría arreglado». Al mismo tiempo que se lanzan estas afirmaciones, se culpa a los políticos de la situación por la que atraviesan los protagonistas. Y esta situación del lumpen madrileño está descrita con bastante fuerza. Por momentos, el escenario oía a vino y a harapos.

Treinta actores representan a todo un barrio y a un cuartel. Conviene decir que, sin la intervención que se ha puesto en el montaje, lo escrito por Rodríguez Méndez daría menos de sí. Con la dirección se han resaltado momentos y se han creado tensiones dentro del maniqueísmo que impregna todo: se resalta lo malo y lo bueno etiquetado como tal (un anarquista y unas «damas de la caridad», unos novios y unos «mirones», los pobres soldados y un teniente cruel...).

De paso que corre la representación, dos núcleos polarizan una cierta crítica agria —y aquí parece verse la mano de Marsillach— de la Religión y del Ejército como instituciones. En algunos momentos,

para ridiculizar, se atiende a clásicos trucos «gags» en los que muere una parte del público.

LOS ACTORES

A destacar la interpretación de Fidel Almansa —el Pingajo—, Antonio Iranzo y Vicky Lagos, esta última, en un papel clave para el desarrollo de la obra. Los actores se mueven con desenvoltura, sabiendo componer bien la escena. A ello ayuda también la disposición en dos niveles del decorado.

Entre los actores secundarios, a destacar también a José Antonio Correa —borracho— y a la esperpéntica «agüela», Concha Hidalgo.

LA ANECDOTA DEL ESTRENO

Con el teatro lleno de público entre el que había varios diputados de UCD —al menos yo vi a tres—, de Herri Batasuna, dirigentes del PNV y candidatos del PSEOE, hubo un momento de cierta gracia. Cuando van a fusilar al Pingajo, una de las mujeres del barrio exclama: «¡Para qué sirven nuestros diputados si no es para defender a los pobres como el Pingajo!». Desde arriba atronaron los aplausos.

ID: 1149970 - 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga', en Principal. Las Provincias (Valencia) 17/4/1979.

Martes, 17 de abril de 1979

LAS PROVINCIAS

«BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA», EN PRINCIPAL

Un gran espectáculo. Un soberbio montaje escénico de Carlos Cytrynowski y una impecable dirección de José Luis Gómez, que, como él confesó, había logrado huir de la seducción del sainete aceptando el desafío del realismo de base.

Lástima que el día del estreno —Sábado Santo— el público no acudiera como merece una obra de la categoría de «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga». De seguir así, Valencia está testimoniando su falta de inquietud teatral, máxime cuando la compañía del Centro Dramático Nacional nos llega cumpliendo su misión descentralizadora.

En el escenario del Principal, José Luis Gómez puso en pie no un texto, sino un pueblo, un pobre pueblo: la España de 1898. Si José María Rodríguez Méndez al escribir la obra quiso captar la sociedad de ese final de siglo, con el que finalizaba también nuestro colonialismo, no hay duda de que logró presentarnos, a través de individuos barriobajeros y de la soldadesca, la marginación que se alimentaba con la cazalla y pueriles juegos. Como contrapunto a la pobreza, a la ignorancia, a la superstición —ideal Vicky Lagos en la madre Martina—, la sociedad burguesa y atildada, que adormece la conciencia con sermones catequísticos y busca el snobismo de la cultura en el vocabulario francés. Pero todo ello es un fluir constante de personajes y vida encadenada en mutaciones escénicas, que merecen el fervoroso aplauso. El clima nocturno —aquella colocación de farolillos en las cuevas—; la alegría del Retiro: niños con globo y barquichuelos de papel; y hasta la opresión y ordinariez del cuartel están palpitando sobre el escenario.

No nos extraña que durante tres días se haya procedido al montaje en el teatro Principal. Vestuario, efectos acústicos: aullidos de perro, canto de gallo mañanero, cantinela del músico repatriado. Todo lo que penetra por los sentidos, pero azu-

za al pensamiento está patente en «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», hombres y mujeres a un paso del esperpento, hombres y mujeres de «la pobre España».

Todos cuantos intervienen en la representación (algunos actores con tres y cuatro papeles) están, francamente, admirables; merecen destacarse, no obstante, Fidel Almaraz (Pingajo), que pendulea entre el humor, la picaresca y la ternura; Antonio Irazo, creando un recio Petate; Concha Hidalgo, en una patética «agüela»; y Aurora Pastor, la Fandanga, adolescente a quien el drama convierte en mujer. Una obra, en suma, digna de que Valencia la acoja como merece.

M.ª ANGELES ARAZO

VALENCIA

Teatro María Guerrero-Camargo y Baus, 4 - Madrid-4

VIERNES, 27 DE ABRIL DE 1979

A las 11 de la noche en el Teatro Goyarre
El Centro Dramático Nacional estrena «Las bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» de J.M. Rodríguez Méndez

El Centro Dramático Nacional estrenará hoy en el Teatro Goyarre a partir de las 11 de la noche el espectáculo teatral «Las bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga» de José María Rodríguez Méndez, con dirección de José Luis Gómez y escenografía de Carlos Ctrynoswki. La obra, que se representará en sesiones de tarde y noche hasta el próximo martes día 1 de mayo, está organizada por el Ministerio de Cultura y cuenta con el Patrocinio del Ayuntamiento de la ciudad.

Madrialeño, ex-oficial del ejército, dramaturgo y comentarista de teatro, Rodríguez Méndez pertenece a ese grupo de autores ignorados de la escena que ha visto enmohecer sus obras en el cajón de la censura y que con años de retraso ha sido testigo de algunos estrenos. De temática social, sus obras reflejan el sentir de las masas populares que sufren la explotación y la injusticia y mediante un lenguaje directo y sin eufemismos expresan todo un mundo de pobreza y alienación. Calificado su teatro como «realista» frente a la concepción del drama que se inhibe de los problemas en busca de la evasión, la producción dramática de Rodríguez Méndez está emparentada con las de Rodríguez Budeo, Lauro Olmo y Recuerdo, autor del que se representó en nuestra ciudad el pasado año «Las arrecopias del beaterio de Santa María Egipcíaca».

En su obra «Las Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», calificada como la mejor de su producción por J.

Monteón, analiza la historia del soldadito español (El Pingajo) y su desgraciada novia (La Fandanga) en un barrio madrileño en tiempos del desastre colonial de 1898. La acción transcurre «con estilo de sainete esperpéntico mezclado con tonos de melodrama sentimental», según el propio autor, y la obra trata «de un teatro popular en sus dos vertientes, espectacular y conceptual».

Paralelamente al ritmo de las representaciones todos los días a partir de las seis de la tarde y en el café Niza, próximo al tea-

tro, habrá tertulias con el director, actores y técnicos del Centro Dramático Nacional a las que podrán asistir todos los aficionados que lo deseen. Los precios de las localidades están comprendidos entre las 50 y las 250 pesetas realizándose precios especiales para las centrales sindicales, tercera edad, asociaciones de vecinos y estudiantes. Igualmente se han establecido bonos de precios especiales para colegios y demás entidades que podrán retirarse en la Delegación del Ministerio de Cultura (Avda. Carlos III, 55-1.º) o en el Ayuntamiento.

ID: 1148414 - *El Centro Dramático Nacional la estrena hoy en Pamplona. 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga', una historia el pueblo..* Egin (Pamplona) 27/4/1979.

El Centro Dramático Nacional la estrena hoy en Pamplona «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», una historia del pueblo

PAMPLONA (EGIN).- Hoy se estrena en el Teatro Gayarre la obra de José María Rodríguez Méndez "Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga", con dirección de José Luis Gómez y representada por los actores del Centro Dramático Nacional, de Madrid, entidad dependiente del Ministerio de Cultura. Como se sabe el Centro Dramático, que dirige Adolfo Marsillach, empezó a funcionar el pasado año con dos salas fijas en Madrid: María Guerrero y Bellas Artes. Su programación es de seis obras por temporada, combinando los autores españoles con los extranjeros. Sus representaciones son rotativas, cambian de programación conservando su repertorio. Esta temporada han montado ya, además de la obra que hoy estrenan en Pamplona, "Retrato de dama con perrito" de Luis de Riaza; "Abre el ojo", de Rojas Zorrilla; "El proceso" de Kafka; y "Noche de guerra en el Museo del Prado" de Alberti. La última de la programación, "Sopa de pollo con cebada", de Wesker, se estrenará dentro de unos días. El Centro Dramático ha sido desigualmente acogido en el ambiente teatral, pero su aceptación por parte del público, buena en general. Para su primera salida provinciana han escogido la obra de mayor éxito en Madrid, la de Rodríguez Méndez.

Precios rebajados

Con el fundamental interés de acercar todo lo posible al pueblo el hecho teatral, las representaciones de "Bodas que fueron famosas..." en Pamplona, van a tener un apoyo en los precios de las localidades (se han repartido bonos de 100 pesetas entre las asociaciones de vecinos, centrales sindicales, etc.) bonos que también pueden retirarse en el Ayuntamiento o en la Delegación del Ministerio y un complemento en las tertulias que se harán a las seis de la tarde, a partir de hoy, en el Niza, con los miembros del Centro

Dramático y el autor de la obra. Esta primera gira, que puede ser de tanteo, ha recorrido Valencia y Zaragoza, y terminará el 20 de Mayo en Sevilla. La acogida prestada hasta ahora ha sido muy buena.

El teatro que entiende el pueblo

El autor de "Bodas que fueron famosas..." nació en Madrid en 1925 y ha escrito unas veinte obras a partir de 1958. Su última obra, "Literatura popular", la sitúa en los años finales de la vida de Cervantes y todavía no se ha estrenado. Rodríguez Méndez ha sido un autor muy vinculado siempre a la realidad teatral, que ha colaborado, incluso como actor, con grupos independientes y compañías diversas. Uno de sus últimos textos, "Flor de Otoño", fue llevado al cine por Pedro Olea. Las "Bodas..." escrita en 1965, está considerada como su mejor obra. Se inscribe dentro de su personal estilo de un teatro histórico popular realista, estrechamente vinculado a las formas que el pueblo entiende en el teatro, con acentos espermáticos y resonancias valleinclanescas. En esta obra hay, además, en el montaje de José Luis Gómez, una presencia del Baroja madrileño. El teatro de Rodríguez Méndez presenta, como dijo ayer en rueda de prensa, al "anónimo héroe del pueblo sometido a la historia con mayúscula, de la que nunca saca justificación". Más que personajes populares, los suyos pertenecen al lumpen, al grupo de marginados, gentes que viven la historia sin entender lo que pasa, protagonistas anónimos y, sobre todo, víctimas. El hacer un teatro de víctimas es carácter común al llamado Grupo Realista del Teatro Español de Posguerra.

Un trabajo de conjunto

Rodríguez Méndez gusta de situar la acción a finales del siglo pasado o en los primeros de éste. En "Bodas..." nos presenta una boda de 1898 entre un soldado llegado de Cuba ("Inspirado en la estatua de Cascorro") y la imagen un Don

Nadie. La historia se complica porque el soldado atraca un casino, deserta del ejército ante las deshonestas pretensiones de un superior, y termina fusilado junto con otros compañeros. La obra tiene humor, tiene canciones, tiene una dirección y un trabajo de conjunto muy aceptables, un reparto amplio (Aurora Pastor, Fidel Almansa, Antonio Iranzo, Vicky Lagos, Enrique Vivó...) y el interés por tanto, de una función teatral a precios más que asequibles.

Martes, 17 de abril de 1979

PRINCIPAL

El Centro Dramático Nacional nos trajo «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga»

VALENCIA

Gran sorpresa para el público, que no lo fue para el crítico, el encontrar dignificada la escena del Principal, en donde bastantes «bodrios» hemos visto esta temporada, con una pieza de la dignidad artística que esta farsa esperpéntica nos ofrece. Su autor es José María Rodríguez Méndez; el director, José Luis Gómez, y el reparto es tan extenso que nos tomamos licencia para citar, cuando llegue el momento, sólo a los más destacados; el bien ésta es obra de conjunto y lo primero que hay que subrayar es que todos, absolutamente todos, en este gran juego interpretativo, fuese grande o pequeño su papel, estuvieron magníficos.

Rodríguez Méndez, con esta obra, que tiene una raíz entrañable, jugosa, barojiana, nos brinda, idealmente —pero también con buscado realismo que se lanza hacia el esperpento— un pequeño análisis de la España —más bien el Madrid— de 1898. Es un momento fundamental de España, cuando la derrota y los seculares males nacionales, políticos, sociales y económicos se agudizan con aquella catástrofe nacional que dio pauta para la reflexión y la rectificación, a la famosa generación.

El tema es nacional y popular. Por encima de todo, la tragedia de la guerra, que impregna incluso las estampas más mundanas. Pero por debajo, una sociedad pícarra, populachera, visionaria, que Baroja inmortalizara en su trilogía «La lucha por la vida». Con una decoración excelente, sirve para toda la representación, con un lujo de situaciones y abundancia de personajes extraordinarios, vemos lo que ocurre al soldadito herido que llega de la manigua, con la Pandanga, la hija, casi niña, del Petate, un símbolo de la chulería madrileña de finales de siglo. Por en medio hay de todo: desde santeras, taberneros, otros soldados, chulos y pícaros, borrachos y anarquistas, pinches, catequistas, camareros, etc. Es el pueblo soberano, que sufre la guerra, que sufre sobre todo la paz y las estructuras. Enredándolo todo, incluso el disparatado noviazgo y el casorio, el dinero; la acción criminal y la dura sentencia. «Sólo los pobres no son perdonados», dice el personaje. Y esto parece arrancado de «La busca», por ejemplo. O de cualquier esperpento de don Ramón María del Valle Inclán.

Una obra perfectamente realizada escénicamente. Con un lenguaje real y a la vez cuidado. Con una escenografía elocuentísima. Con un sentido, todos, de cómo hay que mover lo que llega a ser a veces gran masa de intérpretes. Me gustaron por su labor, Antonio Iranzo, Fidel Almansa, José Caride, Manolo Andrés, Vicky Lagos, Angela Rosal, Asunción Sancho y todo el etcétera que en este tipo de piezas teatrales cabe poner.

Una obra que merece la atención del público. ¿La tendrá? Mucho me temo que en el breve tiempo y dada la escasa publicidad que se ha hecho de este acontecimiento, pase lo de siempre: que la gente empieza a enterarse la víspera de la finalización del espectáculo. Los aplausos y las ovaciones, de verdadera gala.

ALCEDO

Centro María Guerrero Camargo y. Días 4. Madrid 9

ID: 1148416 - Hoy se estrena en el Teatro Gayarre de Pamplona. Antecrítica de 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga.. Egin . 26/4/1979.

TEATRO GAYARRE

MAÑANA ESTRENO, 11 NOCHE,
CON ASISTENCIA DEL AUTOR.

Organiza: MINISTERIO DE CULTURA
Patrocina: EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE PAMPLONA.

CENTRO DRAMÁTICO NACIONAL

presenta

Bodas que fueron famosas del pingajo y la fandanga

de

José María Rodríguez Méndez
Dirigida por José Luis Gómez

(Mayores de 14 años)

LOCALIDADES

DE 50 A 250 PTS.

Centrales sindicales,
tercera edad,
asociaciones de vecinos
y estudiantes,
precios especiales.

Todos los días en el café NIZA, a las 6 de la tarde habrá una tertulia con el director, actores y técnicos del centro dramático nacional. Las puertas del teatro se abrirán media hora antes del espectáculo, porque queremos recuperar el teatro como lugar de encuentro.

Los bonos de precios especiales, pueden retirarse individualmente, en la Delegación del Ministerio de Cultura, Avda. Carlos III, 55-1 y en el Excmo. Ayuntamiento de Pamplona, a partir del miércoles día 25, en horas de oficina.

Hoy se estrena en el Teatro Gayarre de Pamplona Antecrítica de «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga»

Más de diez años, desde 1966 en que fue escrita, permaneció esta obra en el barbecho de la clandestinidad, hasta que el 21 de noviembre del año pasado, el Centro Dramático Nacional la estrenó en el Teatro Bellas Artes de Madrid, bajo la rica y compleja dirección de José Luis Gómez. Anteriormente en el verano de 1976, esta obra formó parte de la campaña que en el Teatro Griego de Barcelona organizó la Asamblea de Actores y Directores de Teatro de Cataluña. Asimismo de esta obra se han hecho importantes estudios críticos por parte de profesores y estudiosos extranjeros, fundamentalmente en Estados Unidos.

Se trata de un intento de teatro popular en sus dos vertientes: formalmente, como un espectáculo realista dividido en diversas estampas con lenguaje directo, recogido de giros y modismos populares urbanos de la época en que la acción transcurre, y con estilo de sainete esperpéntico mezclado con tonos de melodrama sentimental y connotaciones subculturales, conceptualmente, como exposición ideológica de los avatares del pueblo marginal de los aldeanos madrileños en la trágica época de pérdida colonial y la bancarrota de 1898.

La leve línea argumental, inspirada en una

canción popular de la Villa de Madrid, me ha servido para mostrar lo que a lo largo de toda mi obra dramática he pretendido siempre. A saber: que el pueblo bajo sea protagonista de la historia. En este caso, la historia de las bodas del soldadito español (el Pingajo) y su desgraciada novia barriobajera (la Fandanga), me sirve para demostrar una vez más cómo la juventud fue siempre ahofeteada y escupida hasta desaparecer bajo el sagrado mausoleo de la historia con mayúsculas, a la que nunca tuvieron acceso los que con mayor sacrificio la soportaron. A esta juventud involuntariamente sacrificada invoco en esta obra, como la invoqué en anteriores obras "Vagones de maderas" y "Los inocentes de la Moncloa" por poner dos ejemplos remotos.

El Centro dramático Nacional, que dirige Adolfo Marsillach, hace un gran alarde de medios y estilos al presentar esta obra, interpretada, a mi juicio, magistralmente por el fardo elenco de actores y actrices. Cuando se trata de teatro popular, el público es el supremo juez. Yo desearía que el público navarro lo aceptara con la generosidad y entrega con que lo hicieron otros públicos.

Jose M. RODRIGUEZ MENDEZ

ID: 1149444 - **Mañana se estrena, 'Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga'. Rodríguez Méndez: 'El teatro no tiene lugar en nuestra ordenación social'.**
Informaciones (Madrid) 27/4/1979.

INFORMACIONES

20-11-78

MAÑANA SE ESTRENA 'BODAS QUE FUERON FAMOSAS DEL PINGAJO Y LA FANDANGA'

Rodríguez Méndez: «El teatro no tiene lugar en nuestra ordenación social»

MADRID, 20 (INFORMACIONES, por Luis S. Bardón).

Mañana se estrena en el teatro Bellas Artes la obra de José María Rodríguez Méndez «Bodas que fueron famosas del Pingajo y la Fandanga», un acontecimiento en la vida teatral española si se tiene en cuenta que con esta obra inicia sus actuaciones de cara al público el tan polémico Centro Dramático Nacional, que bajo la dirección de Adolfo Marsillach nació como una de las iniciativas más esperanzadoras de la Dirección General de Teatro, del Ministerio de Cultura. La obra a estrenar tiene como director a José Luis Gómez y cuenta entre sus principales intérpretes con Fidel Almansa, José Bódalo, Luis Ciges, Antonio Iranzo, Vicky Lagos, Encarna Paso y Enrique Vivó.

«Me siento enormemente satisfecho de que se haya elegido una de mis obras más representativas para iniciar la vida de este Centro, que tantas esperanzas trae a la escena española —declaró a INFORMACIONES Rodríguez Méndez—, y creo sinceramente que es sólo el principio de un proyecto mayor por recuperar una etapa de nuestro teatro, que permaneció muído y olvidado en uno de los momentos más tristes de nuestra historia cultural.»

En el Madrid que acaba de perder Cuba, un soldado repatriado y un «Demóstenes» de taberna organizan un atraque al Casino Militar en un esfuerzo, que resultaría ridículo de no ser patético, por conseguir celebrar la boda del primero con la hija del segundo (una muchacha de apenas trece años). Una historia de marginados, de subproductos sociales, de un «dump» que lucha irracionalmente por respirar fuera del suburbio que le aprisiona. «Las bodas... —dice Rodríguez Méndez— es

un aguafuerte de la vida marginal madrileña en 1898, que contrasta con la vida política de aquel momento. Creo que el paralelismo con la situación social actual es clarísimo; y no es por poner un caso concreto, sino porque representa el hilo conductor de toda nuestra historia: desde las primeras manifestaciones del teatro clásico hasta las últimas aportaciones de los autores más modernos; pienso que las situaciones se repiten, por eso no creo en los avances.»

EL SIGLO DE ORO

Desde el principio de su producción aparece en la obra de Rodríguez Méndez una constante que se repite en la mayor parte de sus compañeros de generación. Una generación que, como indica el propio autor, ha evolucionado de un realismo naturalista a un teatro expresionista más alejado, si cabe, de los recursos dramáticos tradicionales, pero no tan distante de las esencias populares y los códigos

de comportamiento acostumbrados. Los soldados de «Vaqueros de madera», los opositores de «Los inocentes de la Moncloa», los revolucionarios de «El círculo de tiza de Cartagena», o los habitantes del suburbial barrio barcelonés en «La batalla de Verdún», muestran siempre al personaje alienado, acorralado, sumiso y condicionado por las circunstancias históricas, en una actitud crítica de acusación y renuncia en la que un lenguaje fuerte, directo y bronco nada metafórico se adueña del escenario y sus protagonistas. La España de Rodríguez Méndez está poblada por campesinos, prostitutas, delincuentes, señoritos fracasados y guardias aguardentosos, trashumantes, licenciados que aborcaron la toga y gente de vida más o menos airada», según palabras del propio autor. Los personajes de este autor, que cuenta con una quincena de obras y el guión de la película «Un hombre llamado Flor de Otoño», han llegado a las tablas, como sucede en toda la dramaturgia española, procedentes del más cercano Juzgado de guardia.

«Al contrario de Gala, me considero un gran defensor del teatro escrito en el Siglo de Oro. Mi línea —afirma Rodríguez Méndez— entronca con la tradición dramática española: el género chico, don Ramón de la Cruz, los entremesistas del XVII...; hubo del barroquismo de Valle Inclán, pero no puedo evitarlo.» En cuanto al grave momento por el que pasa el teatro español, el autor de «Las bodas...» opina que es cierto y, más aún, que no tiene lugar en nuestra organización social. De lo que sí estoy seguro es de que, a pesar del paro existente y de la censura con que estamos acostumbrados a escribir, recuperaremos obras y autores que revitalicen una tradición dramática que admite pocos ejemplos. La muerte, el amor, los problemas eternos y la Historia no desaparecen nunca, por lo que no puede desaparecer el teatro.»

«Las bodas...», mañana; el jueves próximo, «Noche de guerra en el Museo del Prado», de Rafael Alberti; más tarde será «El proceso», de Kafka, y el «Retrato de dama con perrito», de Luis Riaza. El Centro Dramático Nacional tiene la palabra en uno de los momentos más críticos y desorientados de la escena española.

